

1910
R-267

Año XIV

Núm. 319

El Monte Carmelo

—* REVISTA RELIGIOSA QUINCENAL *—



15 de Octubre de 1913

TIP. EL MONTE CARMELO - BURGOS

— SUMARIO —

Las canciones de Santa Teresa, por Fr. Bruno de San José, C. D.....	751
Algunas rasgos literarios de Sta. Teresa, por Fr. Claudio de J. Crucificado, C. D.	756
Progresos del Catolicismo en las Islas Británicas, por Fr. Casimiro de la V. del Carmen, C. D.....	763
Catalina Farnese, por la traducción: Fr. Claudio de Jesús Crucificado, C. D...	770
Sección Canónica.....	776
Bibliografía, por Fr. C. V. C., C. D., y Fr. C. de J. C., C. D.....	778
Crónica Carmelitana.—Las fiestas del Carmen en Trujillo.—En Illapel.—Profesión y toma de hábito.—Necrología.....	782
Crónica General.—Roma: La libertad de la Iglesia.—Inglaterra: Magnífico ejemplo de fe.—España: Contra el laicismo en la enseñanza.—En honor del Sagrado Corazón.—Movimiento mariano—El Cardenal Aguirre.—Nota política.....	786

GRABADO

Imagen de Santa Teresa, que se venera en la capilla donde nació. (Avila).

LA MARGARITA EN LOECHES
ANTIBILIOSA, ANTIHEREPTICA, ANTIESCROFULOSA, ANTIPARASITARIA
Y EN ALTO GRADO RECONSTITUYENTE

Según la PERLA DE SAN CARLOS, Dr. D. Rafael Martínez Molina, con esta agua se tiene la salud á domicilio.

En el último año se han vendido más de DOS MILLONES de purgas.

La clínica es la gran piedra de toque en las aguas minerales, y ésta cuenta CINCUENTA AÑOS DE USO GENERAL Y CON GRANDES RESULTADOS para las enfermedades que expresa la etiqueta y hoja clínica que se da gratis.

Depósito central: Madrid, Jardines, 15, bajo, derecha, y también se vende en todas las farmacias y droguerías. Su gran caudal de agua permite al GRAN ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS estar abierto del 15 de Junio al 15 de Septiembre.

VELAS DE CERA PARA EL CULTO

LITURGICAS—GARANTIZADAS. MARCAS REGISTRADAS

Calidad **MAXIMA**, para las DOS velas de la Santa Misa y Cirio Pascual.

Calidad **NOTABILI**, para las demás velas del Altar.

Fabricadas según interpretación **AUTENTICA** del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 de Diciembre de 1904.

RESULTADO completamente nuevo y tan perfecto, que arden y se consumen desde el principio al fin, con la misma igualdad y limpieza que las más excelentes bujías esteáricas.

Envíos a Ultramar

FABRICANTE: QUINTIN RUIZ DE GAUNA
VITORIA (ESPAÑA)



IMAGEN DE SANTA TERESA, QUE SE VENERA EN LA CAPILLA
DONDE NACIO (AVILA).

EL MONTE CARMELO

REVISTA RELIGIOSA

Año XIV

15 de Octubre de 1913

Núm. 319

Las canciones de Santa Teresa



AUDAL fecundo y manantial perenne de poesía es el amor, y el alma que bebe en sus corrientes, prorrumpe enagenada en himnos inspirados, expresión fiel de la divina embriaguez que la posee.

Y por eso todo santo es poeta, aunque no manifieste en verso sus pensamientos. Fué también Santa Teresa en grado eminente, porque amó tal vez como muy pocos santos, fuera de la Santísima Virgen. Había, sobre todo, momentos en su vida, en los cuales el torrente de poesía que en su corazón brotaba al toque del divino amor, no podía contenerse, y componía hermosas coplas y cantares, como ella de sí misma dice: «Yo sé de persona que, con no ser poeta, le acaecía hacer presto coplas muy sentidas, declarando su pena bien» (1).

Testimonio irrefragable de su numen poético, es esta sublime canción de amor, que comienza:

Vivo sin vivir en mi

llena de elevados conceptos, profundas verdades de mística teología y tiernas y delicadas expresiones de afecto puro y santo. Santa Teresa fué gran poetisa, porque fué fina amante.

Vamos a intentar descubrir en una serie de artículos algunos de estos conceptos para deleite de los asiduos y devotos lectores de los sabrosos escritos de la ínclita Doctora.

1 Sta. Teresa, c. 16 n. 3 Vda.

Vivo sin vivir en mí
 « *Vivo ego, jan non ego,*
vivit vero in me Christus ».

En este primer verso de la canción, la mano maestra de la inspirada doctora sintetizó admirablemente la vida toda del amante verdadero y apasionado: «no vivir en sí, esa es su vida». Bajo las galas del ropaje poético, encubrió una profunda verdad teológica, la transformación del alma, la nueva vida que la gracia le comunica. El justo, injertado en el árbol de la vida, en Jesús, no vive sino de su divina savia. Todo el jugo, que circula por sus arterias, lo recibe de El. Esta es la vida a que Jesús aludió en la conversación con Nicodemus, el doctor judío que no podía comprender cómo un hombre puede nacer por segunda vez. El divino Maestro afirmó que todo hombre debe nacer y vivir una vida distinta de la que sus progenitores carnales le han comunicado. Esta vida no es otra que aquella que vive el alma en que Jesús habita, mueve, gobierna y santifica.

Jesús, principio moral, vida moral del alma santificada. El alma, en el orden físico, es la vida de los seres vivientes. El fin, en el orden moral, es la vida de los seres racionales. El oro, que con su brillo deslumbrador fascina la voluntad del avaro y le trae en incesante desvarío de acá para allá, es su vida; y el mezquino deleite que agita en febril convulsión el corazón del voluptuoso, y le impele a buscarlo sin reposo, es asimismo su vida; mas Jesús, único móvil del alma enamorada, único tesoro que descubrir intenta, único deleite de que gozar desea es su vida, su alma. El alma vive en Jesús, porque ella busca únicamente a El en sus acciones y en sus obras.

No, el sincero amante no vive en sí. El verdadero amor no es poder concentrativo, es, por el contrario impulsivo, extático: es aquella fuerza misteriosa que sacaba a la esposa de los cánticos de su vivienda y la llevaba por calles y plazas, preguntando con ansia por su amado, sin permitirle descanso hasta conseguir estrecharle y unirse a él.

Vive sin vivir en sí

La vida del hombre hállase como reconcentrada en sus dos más nobles y elevadas potencias: en su inteligencia y en su voluntad. El hombre no vive allí donde el cuerpo, que aprisiona su alma, físicamente mora, sino adonde la constante mirada de su inteligencia y el incesante amor de su voluntad se dirigen. San Agustín, profundo psicólogo, dijo con inimitable precisión. «Anima ibi vivit ubi sentit» el alma vive donde siente. Mas ¿adónde la mirada y el afecto de la esposa amante de Jesús se dirigen y en qué objetos se ocupan? No en contemplar mezquinas beldades, ni en inventar medios y trazar planes de aumentar con excesivo interés sus caudales y comodidad, ni en procurar

temporales y transitorios placeres: «porque el alma, poseída de Dios, transportada por amor fuera de sí, no se cuida de sí propia, ni puede enorgullecerse, porque ve un objeto en comporación del cual nada vale, y al cual está unida de tal manera que le prefiere a sí misma, no tanto por razón, cuanto por amor» (1). Esta alma ha salido de sí misma; y al entregarse por completo en las manos de Jesús, su fuego devorador la ha derretido, transformándola en un ser divino. *Qui adhaeret Deo, unus Spiritus est*. Por esta admirable transformación, el alma viene a ser íntimo confidente de Jesús, partícipe de sus divinos dones, compañera inseparable de sus espirituales goces, triste con Jesús ultrajado, alegre con Jesús honrado y bendecido, agraviada en sus desprecios y enaltecida en sus honores y adoraciones: todo cuanto esta alma piensa y habla es Jesús. Su amor fuerte, encendido e impetuoso no la permite pensar otra cosa; todo la fastidia y cansa, todo lo desprecia, porque Jesús sólo la llena y satisface.

Todo cuanto decirse puede de ese misterioso agente, que mejor se puede sentir que definir, de sus sorprendentes y maravillosos efectos—el saludable olvido de sí propio que produce en el amante, la abnegación más absoluta, el sacrificio, el gozo en los más agudos dolores, la ecuanimidad en los más humillantes reveses de la vida, el desapego de todo lo caduco y transitorio y, finalmente, el incondicional entregamiento y abandono en el amado, ese arrojarse en sus manos como el parvulillo en el regazo materno.... Todo lo expresó la insigne Doctora en su sencilla cuanto comprensiva frase: «Vivo sin vivir en mí».—Ella lo contiene todo, los deliquios, los desfallecimientos, la muerte.

Mas, ¿cuál es ese amor que transforma, que purifica y endiosa, que hace no *vivir en sí*? Quizá nunca se haya hablado tanto y escrito tanto de amores como en los tiempos románticos que padecemos. Una ola de literatura erótica inunda el mundo científico. Novelas sin cuento aparecen a diario, ocupándose todas ellas de presentarnos las dulcedumbres del amor. Los teatros están saturados del perfume que exhalan los dramas románticos que a continuo en ellos se exhiben. Vivimos rodeados y envueltos en una atmósfera de amor. Si cuando decimos amor, dijéramos sacrificio, abnegación, consuelo, paz y bonanza; este siglo sería de verdad dichoso. El género humano, sin distinción de colores ni razas, sería una gran familia humana, en la que todos seríamos hermanos.

Pero ¡ay! las tristes efemérides, hablándonos de perpetuos celos cuyo desastroso fin es trágica muerte, de odios irreconciliables, de alevosas traiciones, de eternas pesadillas, de domésticas discordias, dicen muy elocuentemente que no es el amor puro el que domina en los tiempos actuales, sino vil afecto engalanado con tan hermoso ropaje.

1 Calderón: San Bernardo, sermón 79.

«cosa tan baja que no merece tal nombre, porque se funda en nada» (1).

El amor mundano no puede serlo de inmolación, de sacrificio, de desinterés, es necesariamente amor egoísta: ni tampoco es amor duradero y estable, es sí efímero, primaveral y se marchita con los fuertes calores del estío de la adversidad; cambia como cambian las impresiones cinematográficas a medida que nuevas figuras van desfilar ante los ojos del espectador. Fundamentos de arena no pueden soportar sólida construcción. El viento más leve arruinará el edificio. ¿Y sobre qué base se levantan las mundanas afecciones? ¡Su apoyo es siempre mundano, llámesele hermosura, o riqueza, o poderío! ¡Apoyo movedizo, inconsistente, mudable! En obscura noche la pálida y oscilante luz de una estrella, que a tiempos se deja entrever por entre oscuros nubarrones, nos seduce y encanta con su blanquecino destello. Su hermosura es la única que se descubre en aquel conjunto de negrura y fealdad. Mas si viento favorable disipa los negros nubarrones y el astro de la noche, radiante de gloria aparece en el cenit, ¿quién se siente ya subyugado por el resplandor débil y pálido de una imperceptible estrella? Y una vez que la noche pasa y triunfa y asciende al firmamento el astro del día, ¿quién se para a considerar los atractivos de la luna? Las bellezas humanas se eclipsan. Nuestro mejor dramaturgo, fino conocedor de las sinuosidades del corazón humano, pintó de mano maestra en un solo rasgo la versatilidad de las humanas afecciones:

Ayer, como el sol no vía,
Hermosa me parecía
La luna; mas hoy que adoro
Al sol, ni dudo, ni ignoro
Lo que hay de la noche al día (2).

Difícilmente se encontrará pintor que haya atinado a dibujar con más precisión y vivo colorido la mutabilidad de los mundanos amores. Estos, fundados en mezquinas hermosuras, cambian según van apareciendo en el teatro del mundo figuras más acabadas y perfectas. ¿Quién se extrañará, pues, al oír hablar de desengaños, de abandonos, de ingratitudes y traiciones? Sin embargo, ¡cuántos caen en los arteros lazos tendidos por el enemigo bajo el atractivo y seductor nombre de amor! ¡Qué inconsecuencia de los mundanos! Sabemos de muchas barquillas que han zozobrado y hasta perecido en el mar, aparentemente manso, mas en realidad lleno de tempestades, por causa del amor; empero, cuantos ¡ay! nos lanzamos a la misma mar confiados en correr

1 Sta. Teresa, C. P. c. 40. n. 6.

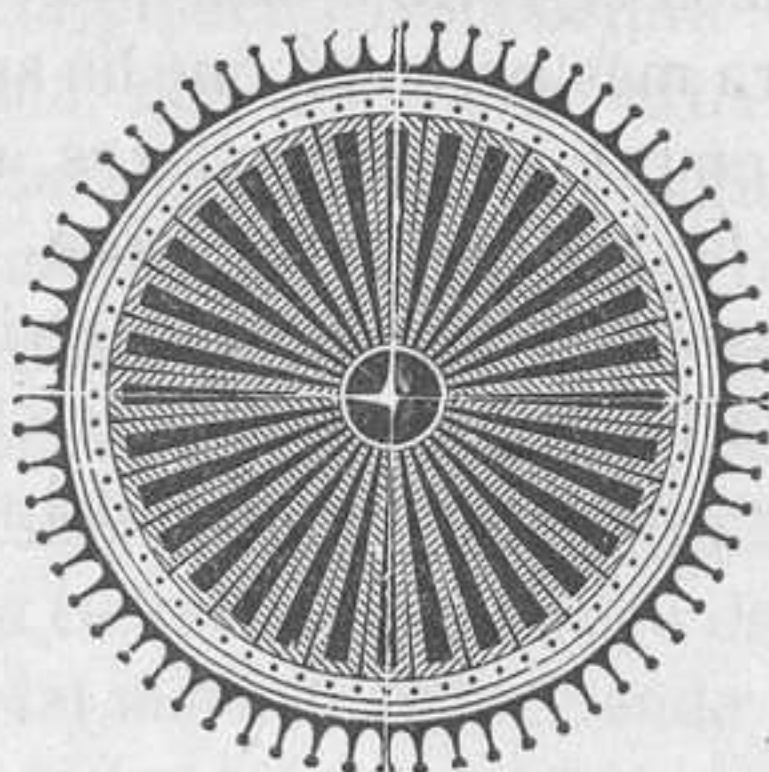
2 «El médico de su honra» esc.^a 10.^a

mejor suerte. Somos atrevidos aventureros que no escarmientan sino en sus propias desventuras.

Tenemos, pues, un criterio seguro para juzgar de la pureza, de la verdad del amor. Santa Teresa nos le ofrece en este primer verso de su canción: «*El verdadero amor saca de sí*». Cuando en nuestros oídos suenen los dulces ecos del amor, examinémoslos a la luz de este principio teresiano, y si encontramos que esos ecos son producidos por intereses pecuniarios, materiales comodidades, contentamiento de bastardos afectos, concluyamos que no son esos los ecos del amor puro y que, por consiguiente, se disiparán en el espacio, como los ecos de una campana en el vacío. Son ecos del yo y el yo es una entidad muy transitoria, muy inconsistente, muy voluble y muy versátil.

FR. BRUNO DE SAN JOSÉ, C. D.

(Se continuará).





Algunos rasgos literarios de Santa Teresa



SEGÚN por el sólo epígrafe puede verse, no pretenden estas cortas líneas decir cuanto de Santa Teresa, aun considerada únicamente en su aspecto literario, pueda decirse. Al hablar de una Santa tan grande, siempre la materia es inmensa. Porque su alma, conforme canta la Iglesia, fué hecha por Dios amplia como los horizontes que se descubren desde la arena del mar: *Dedit ei Dominus sapientiam, et prudentiam multam nimis, et latitudinem cordis quasi arenam quae est in litore maris.*

Y esta anchura de corazón se refleja más que en ninguna parte en sus escritos, que son la obra más personal que ha salido de pluma humana. Por eso en ellos hay siempre nuevas bellezas, sobre todo para aquellos que no consideran la belleza como obra salida de un molde limitado, y que buscan esta cualidad en los escritos y obras humanas, como la buscan en la variadísima multitud de criaturas, que son obra del artífice omnipotente, del gran ποιητοῦ del universo.

* * *

Para juzgar a Santa Teresa, no hemos de aplicarle el criterio que se aplica a cualquiera otra obra literaria, que supone en su autor reflexión madura, un estudio preliminar más o menos elemental de las reglas retóricas y una educación formada, ya en la atenta y meditada lectura de los buenos modelos, ya en el ejercicio intencionado de los preceptos literarios. Ni en cuanto al lenguaje y estilo, ni en cuanto a la reflexión inmediata y sosegada del plan, tuvo Santa Teresa preparación más de la que podía tener una mujer castellana de aquellos tiempos, medianamente educada, pues aun la lectura de los libros de caballería la hizo por pasatiempo y con el poco sosiego y serenidad con que se hacen las cosas a escondidas y como a sombra de tejado.

Quisieron algunos pasar por las obras de Santa Teresa el mismo

rasero que se pasa por las de ingenios más regulares, y hasta tuvieron la osadía de poner en ellas sus manos pecadoras, corrigiendo y mutilando lo que en sus estrechos moldes no cabía. Contra estos habló Fr. Luis de León, a quien no se puede acusar, ni de desconocimiento, ni de desprecio a las reglas literarias, pues procuró adaptar a ellas sus obras y lo consiguió, sobre todo, la de *Los nombres de Cristo*. «No solamente, dice, he trabajado en verlos (los libros), y examinarlos, que es lo que el Consejo mandó, sino también en cotejarlos con los originales mismos que estuvieron en mi poder muchos días, y en reducirlos a su propia pureza en la misma manera, que los dejó escritos de su mano la Santa Madre, sin mudarlos, ni en palabras, ni en cosas, de que se habían apartado mucho los traslados que andaban, o por descuido de los escribientes, o por atrevimiento, y error. Que hacer mudanza en las cosas, que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía a escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la Santa Madre es la misma elegancia» (1). Considerando con un criterio sano y penetrando un poco más en las bellezas de los mismos escritos, decía el mismo Fr. Luis de León: «En los cuales, sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo, que la Santa Madre fuese un ejemplo rarísimo; porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza, y calidad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza, y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale» (2).

También el P. Fr. Jerónimo Gracián había oído murmurar de que la Santa llevaba un «estilo muy de mujer, sin orden ni concierto, haciendo algunas digresiones largas y bajando a algunas menudencias que no eran para impresas» (3). Mas, a renglón seguido añade muy bien, que «ninguna cosa tiene... mejor... que este estilo que reprehenden, pero que se va de tal manera acomodando al ingenio de las mujeres, y respondiendo a todas las menudencias que pasan en sus corazonas, que ningún hombre supiera declarar de apuella manera, y cualquier otro estilo artificioso no hiciera tanto fruto». Sólo siguiendo este criterio y desprendiéndonos de todo prejuicio artificial, en que ciertamente no estriba la gloria e inmortalidad de estos libros y el que hayan sido considerados como una perla de las más preciosas de nuestra literatura patria y propuestos como modelo, podremos llegar a co-

1 Carta *A las Madres Priora Ana de Jesús y religiosas carmelitas del Monasterio de Madrid*. Al frente de la edición de las obras de la Santa.

2 En la misma Carta-prólogo, al principio.

3 *Diálogos de Santa Teresa*, obra impresa en *El Monte Carmelo*, pero no publicada aún. *Diálogo séptimo: De los libros y doctrina que dejó la Santa Madre Teresa de Jesús*.

nocer su verdadero mérito y gustar las legítimas bellezas que encierran, «aquella substancia y peso de las cosas, aquella propiedad en las comparaciones, aquella fuerza y discurso en seguirlas, aquella suavidad y aquella viveza en las palabras tan significativas,... argumentos claros *de* que todo se lo daba su celestial Esposo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría de Dios; y *de* que se lo dictaba el Espíritu Santo, que se vió diversas veces en su cabeza en figura de paloma» (1).

Y considerando las obras con este criterio, vienen a tenerse como valor inapreciable sus mismos defectos; pues si bien es cierto que «el estilo, como dice Capmany hablando en especial de las cartas, no es... siempre correcto, castigado, ni elegante, porque no escribía su autor con la idea ni presunción de que se hubiesen de publicar. Mas ¿qué importa? si algunas líneas echadas sin esmero ni aliño, y con la distracción de un alma engolfada en gravísimos y muy diversos cuidados, dan más eficacia y agrado a lo que dice, que todos los adornos y figuras de la elocuencia. Alguna cláusula que se lee desatada, dice más que muchas páginas estudiadas. Como su ardiente corazón, y su imaginación fecundísima le dictaban las expresiones; así es, que su estilo vuela como su pluma, y sus rasgos, aunque vivos, se conoce que eran pinceladas rápidas de una mano atareada. Mas la concisión, energía y delicadeza con que expresa sencilla y francamente las mayores y más altas cosas, borran la discordancia, dislocación y desaliño de algunas frases; y obligan a los lectores a tomar parte en sus aflicciones, gustos, esperanzas, tristezas y gozos: tal es la naturaleza, gracia y candor con que pinta, persuade, exorta, se queja, suplica, reprehende y agradece» (2).

Ninguna razón nos persuade a separarnos de la norma por tan ilustres varones seguida, y con la cual tantas bellezas lograron descubrir en las obras de la Santa. Hoy se recomienda mucho que para la buena crítica procuremos ponernos en el estado psicológico del autor que se critica, y en ningún otro caso pudiera ser esto más a propósito que al tratar de descubrir el verdadero mérito literario de los escritos de nuestra Santa Reformadora.

* * *

Cuando abro las obras de Santa Teresa, me la imagino cogiendo la pluma por obediencia y, movida del fuego interior que el Espíritu Santo en su corazón encendía, esforzándose muchas veces para expresar en el lenguaje usual aquellas ideas que ordinariamente se resisten a todo análisis y a entrar en el molde de un medio de expresión artifi-

1 Palabras del Doctor D. Alvaro de Villegas, canónigo Magistral de la santa iglesia de Toledo, en un sermón de la beatificación de la Santa. Véase *Obras de Santa Teresa, novísima edición, por D. Vicente de la Fuente*, tomo VI: *Documentos relativos a Santa Teresa y sus obras*, núm. CVI, pág. 334.

2 *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, tomo III, págs. 181 y 182.

cial. No pretendía ningún bien humano, ni siquiera el de la publicación; y por eso muchas veces dice que si Dios era servido y los que la mandaban lo juzgaban digno, podrían sus hijas, a quienes se dirigía, leer lo que escribía. Semejante en esto a su divino Maestro, Santa Teresa sólo pretendía cumplir la voluntad de Dios, manifiesta en el mandato de sus superiores (1). Atenta a este fin principal, que la absorbía completamente, muchas veces cogía, según ella misma confiesa, la pluma sin saber lo que iba a decir. Pero el Señor, que por su medio quería instruir a muchas almas, dábale conceptos y palabras con que manifestase lo que sentía (2). Por eso las obras de Santa Teresa están todas hechas en una especie de inconsciencia sublime, durante la cual el ingenio y las artes humanas callan para dar lugar a la voz del Espíritu que en el interior de su alma moraba. No me hará mentiroso de esto quien haya reflexionado, aunque sea por breves instantes, en aquella como mezcla de arte sin artificio que en todas sus páginas se observa, en aquel arrebatado junto con una sublime y desafectada serenidad que hasta en las frases aisladas se nota. Hay, sí, ingenio y arte en las obras de Santa Teresa; pero no el ingenio y arte que a sí mismos se buscan, sino los que naturalmente y de una manera habitual tenía su autora, que no eran poca cosa.

No se proponía agradar ni siquiera instruir de propósito, pues su profunda humildad le hacía creer que para nada de esto valía. «Harta merced me hará nuestro Señor, dice ella misma, si alguna de ellas (de las monjas) se aprovechare para alabarle algún poquito. Bien sabe su Majestad, que yo no pretendo otra cosa» (3). Y al P. Gracián, que con mucha insistencia le persuadía que escribiese *Las Moradas*, contestábale: «¿Para quién quiere que escriba?... Por amor de Dios que me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficios de religión, como las demás hermanas, que no soy para escribir, etc» (4). De aquí que en casi ninguna de sus obras tomase un plan fijo y que, aun en aquellas en

1 «Ninguno de sus libros escribiera, dice el P. Gracián (loc. cit.), si la obediencia no se lo mandara, porque los confesores o los preladados le hicieron escribir lo que escribió, y nunca se fiaba de cosa que hubiese escrito», etc.

2 Un caso que confirma esto vió Ana de la Encarnación, Priora de Granada, según ella misma depone en una de sus declaraciones: «Cuando escribía, dice, dicho libro de *Las Moradas* en el convento de Segovia, vió una noche esta testigo, que esperaba a la puerta de su celda por si necesitaba de algo, vió que tenía el semblante y rostro con una luz y resplandores muy claros; y que estos resplandores eran como unos rayos dorados; y esto vió esta testigo que duró por espacio de una hora hasta que cesó de escribir, que serían las doce de la noche; y después que cesó le parecía que estaba en tinieblas, por haber cesado dicho resplandor. Y vió que cuando escribía era con gran velocidad sin enmendar ni cesar, lo cual le parecía a esta testigo cosa milagrosa como lo era y por tal lo tiene» (Vid. D. Miguel Mir, *Santa Teresa* etc., tomo II, lib. IV, cap. III, pág. 447).

3 Prólogo al libro de *Las Moradas*. Nótese que no dice la Santa que pretenda tal provecho, sino que se dé gloria al Señor, con lo cual se creería muy favorecida.

4 Opúsculo *De la excelencia, aprobación, certidumbre, estilo y provecho de la doctrina que contienen los libros de la Madre Teresa Jesús*, c. V. Citado por D. Miguel Mir, tomo II, lib. IV, cap. III, pág. 445.

que más se nota este plan, como en el *Camino de Perfección* y, sobre todo, en el *Castillo interior*, no se creyese obligada a seguirle estrictamente, interrumpiéndole con continuas exclamaciones y aun con verdaderos tratados de alguna virtud, como se nota en el primero de estos dos libros. Su abrasado corazón no le permitía encerrarse en un molde estrecho. Era preciso que este se rompiera para dar salida a los incendios de amor que dentro bullían. ¿Y qué extraño es esto, cuando el mismo Dios juzgó su corazón de carne demasiado pequeño para contener aquel fuego, y envió un ángel que se lo abriese?

Por todo lo cual, los libros de Santa Teresa resultan personalísimos. En ellos puede decirse que la parte subjetiva domina casi exclusivamente. En todos hay mucho de autobiografía y mucho de psicología verdaderamente experimental, que les da aquella viveza, aquel atractivo y sencillez, aquel poder de insinuarse que ha valido a su autora el título de robadora de los corazones, de lo cual carecen otros libros escritos con espíritu, pero más dogmáticos y objetivos. Donde se nota algo más objetividad es en los libros de *Las Fundaciones* y de *Las Moradas*, en este último debido sin duda a lo que dice el P. Gracián (1): «Mandole su Prelado, estando en Toledo, por obediencia muy estrecha, que lo que se acordase de cosas de espíritu y oración lo escribiese, aunque fuesen algunas cosas ya dichas en el libro grande (2) para provecho de las hermanas, para entender sus espíritus, y que llevase diferente estilo del que llevaba en el libro grande, del que hablamos al principio, porque allí particularizaba cosas que a ella le habían acontecido, y el prelado quería que fuera con doctrina llana y universal. Ella obedeció y fué escribiendo el libro de las Moradas». Sin embargo, una mujer que no había aprendido en las aulas, sino en sí misma, leyendo, por decirlo así, lo que en su interior el dedo de Dios escribía, no pudo prescindir siempre de lo particular, ni sujetarse estrictamente a un plan prefijado; y por eso se ven descripciones de cosas sobrenaturales y frecuentes interrupciones, en que se manifiesta que la autora era a la vez actora de los hechos sobre que dogmatizaba y que, como ella misma dice, escribía de lo que el

1 *Diálogos de Santa Teresa*,—*Diálogo séptimo*, pág. 158.

2 *El libro grande* era el libro de su vida, como aparece de lo que dice después, que había tratado de él al principio. Vese esto más claro aun por el siguiente pasaje del mismo *Diálogo séptimo*, en que, hablando del libro de *Las Fundaciones*, dice (pág. 161): «Es el estilo por vía de historia, que deleita a los que le leen, con la suavidad de los sucesos que lleva y también declara doctrina de perfección y virtudes; no está en este libro la fundación de Avila, porque de eso trata en el libro grande...» Qué razón hubiese para llamarlo así, no es fácil averiguarlo. Tal vez la misma Santa no quería darle el nombre de vida, que le conviene muy incompletamente y, refiriéndose al número de capítulos y amplitud de la obra con relación a las demás, lo llamaba *libro grande*, y de ella tomaron los demás el calificativo. Parece de todos modos cierto que, antes de que se publicase, se conocía a la vida con dicho calificativo, pues solo así y reflejando el lenguaje usual, puede justificarse y explicarse convenientemente que el P. Gracián lo usase en sus diálogos como cosa corriente y sin más explicaciones.

Señor en aquellos mismos momentos le manifestaba, poniéndola en el estado de oración sobre que debía escribir.

* * *

Dado este estado psicológico de Santa Teresa cuando escribía, es más fácil comprender y valorar sus cualidades literarias. Pues como no tenía presunción de hablar más lenguaje que el corriente y en la forma usual de su tiempo, nada de extraño es que tenga expresiones morfológicamente vulgares, que en otro autor que pretendiese, como hoy se dice, hacer literatura, desagradarían grandemente. No sabemos por qué estas formas se han suprimido en casi todas las ediciones, aun antiguas, de sus obras. Si el fin era hacerlas menos chocantes al común de los lectores, que, en punto a crítica, suele fijarse y aun escandalizarse mucho de estas menudencias, fué cosa laudable, si bien se les quitó cierto tinte pintoresco que hasta contribuía a retratar mejor la figura moral de su autora, nada melindrosa en sus cosas y que pasaba por lo accidental con tal de expresar bien lo sustancial de su espíritu y de la verdad según ella la entendía.

Para escribir no se figuraba tampoco Santa Teresa que hablaba *ex tripode*, aunque se dirigía a sus hijas. Sencilla y bondadosa en todo, escribía y se dirigía a ellas y les explicaba los más recónditos arcanos del espíritu, como se los hubiera explicado en una conversación familiar. De aquí la falta de sintaxis en muchos párrafos, el truncar las frases y el uso de giros familiares que frecuentemente en ella se notan. Su lenguaje resulta una verdadera conversación, con las incorrecciones y omisiones en esta ordinarias. Pero de aquí también se deducen otras cualidades inapreciables, a saber, la viveza y fluidez, la riqueza verdaderamente inmensa de modismos y frases y ese abandono encantador de una conversación amena y santa. El acento de antigüedad que todo esto da al lenguaje de Santa Teresa, hace de sus obras un verdadero monumento literario, de que tal vez ninguna lengua pueda gloriarse como la nuestra; de aquí que la Academia haya puesto a la autora entre sus autoridades, el lado de eminentes ingenios como Granada, Fr. Luis de León, Cervantes y otros.

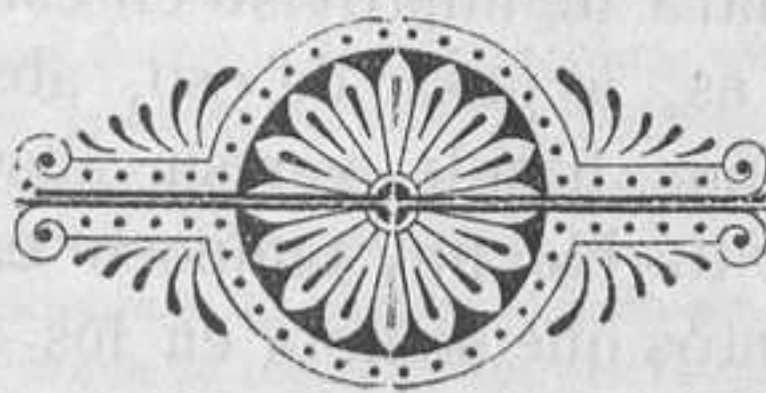
Si de su lenguaje pasamos a los pensamientos, no hallaremos en ellos cualidades menos apreciables. No hay ese arte metódico que da la lógica, que nos va llevando paso a paso al fondo de las cosas. Santa Teresa entra de improviso en este fondo, o mejor, está siempre en él. Mas no es, a pesar de eso, abstrusa: su inteligencia clara, iluminada por Dios, hácele ver sin abstracciones enojosas las interioridades del espíritu. No hay tampoco en ella esa disposición regular de los argumentos que se nota en los autores clásicos, ni esa selección y adaptación artificiosa de lo sensible a lo ideal, para expresar por su medio las elucubraciones de la mente. Santa Teresa

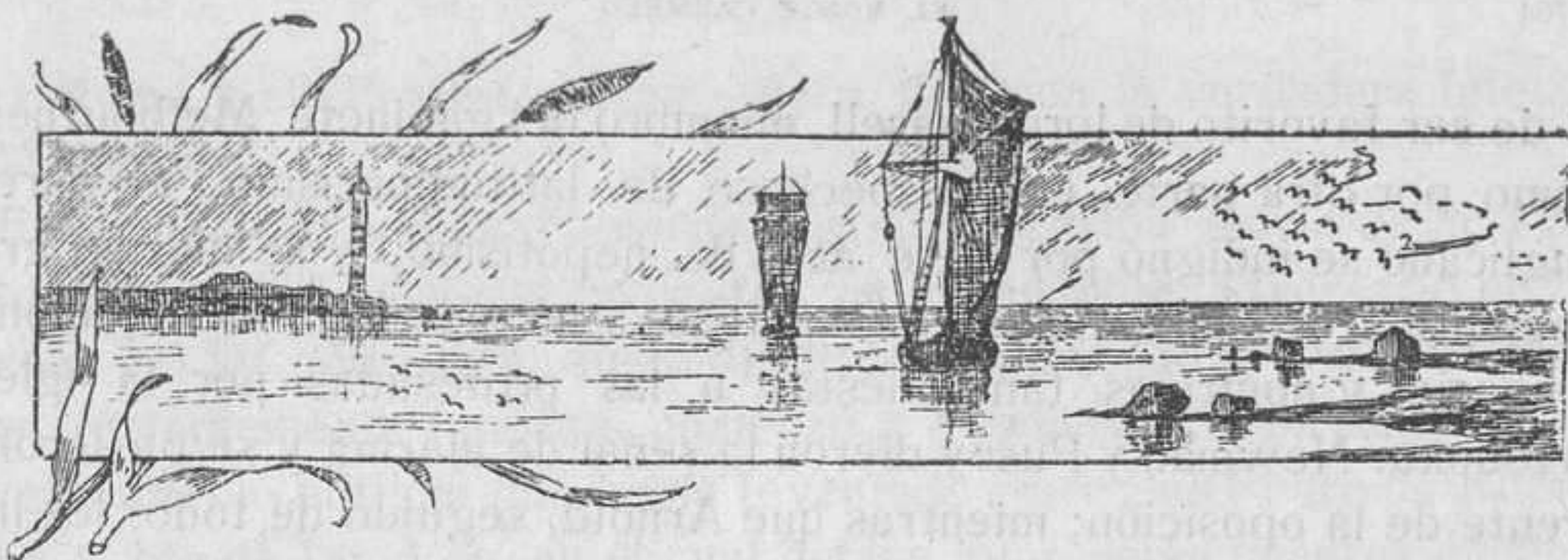
puede decirse que no discurre, sino que ve. Las ideas, nacidas de la contemplación y de la experiencia de las cosas que trata, agólpense en su mente de una manera asombrosa, y las imágenes salenle como al camino y le siguen hasta donde es necesario para sensibilizar las verdades. Por eso su estilo es nervioso y tal que oprime por la riqueza de pormenores. Y cuando se pone a describir el estado de su alma o las gracias que del cielo recibía, hácelo sin esa delectación morosa del artista que multiplica y dispone los pormenores, a fin de que produzcan el efecto de una taracea bien ordenada. Muchas veces parece algo confusa y lo es en estas exposiciones, pero por un secreto de su arte singular, sácase más luz de esta confusión que de otras descripciones bien dispuestas. Y es que la Santa nos describe siempre la esencia de las cosas; y como tenía una inteligencia naturalmente bien ordenada, al decirnoslas como ella las entendía, naturalmente las dispone de manera que podamos entenderla.

Concluyamos estas mal emborronadas líneas apuntando una cualidad muy especial de las obras y estilo de la mística Doctora, y es el haber sido siempre fiel reflejo de su alma. Y como su alma era grande, por eso las obras serán siempre grandes. Y serán además un estudio de subidísima psicología, donde podrán verse los efectos del amor de Dios en un corazón del todo suyo. Bien miremos al conjunto, bien a las partes aisladas, las obras de Santa Teresa, con sus frecuentes interrupciones, con los encendidos afectos de que están como sembradas, con aquella serenidad beatífica que da unidad y luz a todo un caos de estilo y de pensamientos, con aquel conjunto de cualidades, no rebuscadas, sino naturales que completan el arte inimitable de la gran Reformadora, serán siempre «testigos fieles, como decía Fr. Luis de León, y mejores de toda excepción de su grande virtud» (1). Muy bien podemos afirmar que en ellas está el dedo de Dios obrando las mismas maravillas que en el alma de su autora obró; y por eso han sido, son y serán siempre uno de los mayores y más fuertes argumentos de la acción benéfica de Dios en las almas.

FR. CLAUDIO DE JESUS CRUCIFICADO, C. D.

1 En la *Carta* citada, al principio.





Progresos del Catolicismo en las islas Británicas

(Continuación) (1)

XVI

Eduardo Bouvery Pusey toma parte activa en el movimiento tractariano.—Luchas entre las escuelas liberal y tradicionalista de Oxford.—Sistema teológico de Newman.—Artículos de Wiseman en la *Dublin Review*.—Ensayo de Newman sobre los treinta y nueve artículos anglicanos comparados con la antigua tradición cristiana y el Concilio tridentino.—Los obispos anglicanos se pronuncian contra Newman.—Fundación del obispado anglo-prusiano de Jerusalén.—Restablecimiento de la vida religiosa en la Iglesia anglicana.—Newman resigna el cargo de párroco de la Universidad.



El movimiento tractariano recibió vigoroso impulso en 1834. Eduardo Bouvery Pusey, catedrático de Teología en Oxford, que había seguido con creciente interés la publicación de los *Tratados*, sin atreverse a secundar el movimiento, desde esta fecha comenzó a tomar en él parte activa. No contentándose con la publicación de numerosos tratados teológicos, sólidamente científicos, emprendió, con la ayuda de Newman y Keble, la publicación de una versión inglesa de los Santos Padres que escribieron antes del cisma de Oriente, la cual terminó de publicarse en 1885.

El año de 1836 vacó la cátedra regia de Teología, y el Gobierno eligió para tan importante cargo al racionalista Hampden.

Al solo anuncio de este nombramiento, desencadenóse en Oxford una deshecha tempestad. La Universidad no reconocía en el Dr. Hampden otro título que le habilitase para tan elevado cargo que

1 Véase *El Monte Carmelo*, núm. 314, pág. 564 y siguientes.

el de ser favorito de lord Russell, miembro del gabinete Melbourne; y como, por otra parte, era sospechoso de latitudinarismo, el partido anglicano se indignó por este acto de nepotismo, y se alarmó grandemente al ver introducirse en sus filas a un individuo de opiniones, creencias y doctrinas tan opuestas a las profesadas por la Iglesia ortodoxa. Newman y Pusey dieron la señal de alarma y se pusieron al frente de la oposición; mientras que Arnold, seguido de todos los liberales, salió a su defensa. Entre unos y otros se entabló una polémica de las más vivas y apasionadas; pero no obstante las protestas de los tractarianos y evangélicos, Hampden tomó posesión de la cátedra de teología, y con ella el título de *Regius professor* que le estaba inherente. Sus adversarios elevaron una petición a la reina, suplicándole que hiciese uso de sus prerrogativas para poner coto a la arbitrariedad ministerial. Como no obtuviesen respuesta favorable, los jefes de la oposición denunciaron sus doctrinas a las autoridades universitarias, quienes nombraron una comisión encargada de examinarlas minuciosamente. Leídos sus escritos y sermones, se encontró que el nuevo profesor de teología había enseñado el socinianismo, negaba la divinidad de Jesucristo y no admitía los dogmas fundamentales de la Religión cristiana. En vista de esto, siguióse el proceso según los estatutos de la Universidad, y en una sesión plenaria, el doctor Hampden fué condenado por 336 votos contra 219, y se le prohibió enseñar teología. Mas, como no podía ser privado de la cátedra, puesto que era titular y del patronato de la Corona, continuó disfrutando su pingüe renta.

A falta de argumentos directos y más eficaces con que rechazar los graves cargos que los tractarianos hacían al candidato del gobierno, Arnold y sus amigos acusaron a sus adversarios de traicionar a su propia Iglesia, y les echaron en cara sus tendencias romanistas. Los tractarianos recibieron como una injuriosa calumnia el dictado de *secta romanista* con que les designaron los liberales, y se creyeron en el deber de puntualizar su actitud respecto a la Iglesia romana. El mismo Newman explicó claramente su posición frente al Papismo en el tratado setenta y uno, y en un artículo publicado en el *British Magazine* con el título de *Home Thoughts Abroad*. En ellos admitía la superioridad indiscutible, bajo muchos conceptos, de la Iglesia romana sobre la Anglicana. Confesaba su unidad, su santidad y, sobre todo, su catolicidad; pero sostenía que con la introducción de doctrinas nuevas, tales, por ejemplo, como las definidas por el concilio Tridentino había roto su unión con la Iglesia de los primeros Padres, y, por lo tanto, había perdido la nota de apostolicidad. En cuanto a la Iglesia anglicana, enseñaba que estaba igualmente separada de la verdadera primitiva Iglesia por los errores que admitió en los borrascosos días de la Reforma. De aquí concluía que era preciso seguir una *Via Media*

entre Roma y el Protestantismo, para dar con la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Encariñado se hallaba Newman con su peregrina teoría de la *Vía Media*, cuando le salió al encuentro un formidable adversario en la persona del Dr. Wiseman, quien desde las páginas de la *Dublin Review*, recientemente fundada, comenzó a combatirlo. Convencido de que el soberbio edificio que había levantado entre San Pedro de Roma y San Pablo de Londres, en el cual debían guarecerse cuantos quisieran librarse de la corrupción papista y protestante, no podía resistir los golpes que descargaba sobre él la profunda ciencia y la lógica inflexible del sabio rector del Colegio inglés en Roma, trató de reconstruirle y darle, con una forma nueva, más consistencia y solidez, para lo cual publicó su obra *The Prophetical Office of the Church*. Sin embargo, todos los esfuerzos de Newman se estrellaron contra lo imposible, y basta una simple lectura de la obra para convencerse de que no consiguió justificar teológicamente, ni la obra de los Enriques y Luteros, ni tampoco la que él había concebido.

Mientras tanto seguían apareciendo periódicamente los célebres tratados, cada vez más favorables al Catolicismo. En 1838 Newman y Keble publicaron el primer volumen de los *Remains* de Hurrell Froude, en el cual se hacía una vigorosa apología de Roma, y se condenaba el Protestantismo y sus autores en términos los más enérgicos. Esta obra produjo un pánico inmenso en los círculos protestantes, donde, para contrarrestar su acción disolvente y reanimar algún tanto el espíritu protestante debilitado y abatido por las sensibles defecciones que de continuo experimentaba, se abrió una subscripción para erigir un monumento a Cranmer, Ridley y Latimer. Pero, ni los recuerdos históricos que estos nombres evocaban lograron infundir nueva vida al moribundo protestantismo, ni las pastorales de los obispos anglicanos, amonestando a sus adeptos que se abstuviesen de leer los tratados, por los peligros que de lo contrario correrían sus creencias religiosas, fueron suficientes para entorpecer el movimiento tractariano. Antes por el contrario, las ediciones de los *tratados de actualidad* y de los sermones de Newman, se sucedían sin interrupción y se agotaban cada vez con más rapidez, siendo muy grande el número de ilustres doctores, tales como Church, Faber, Manning y William George Ward, que diariamente engrosaba las filas de la escuela reformista.

Newman, mientras tanto, proseguía leyendo las obras de los Santos Padres, en las cuales aprendió la poca consistencia que tenían los fundamentos sobre los cuales había tratado de levantar su sistema teológico de la *Vía Media*. Examinando en 1839 las memorables controversias a que dió lugar en la Iglesia la herejía eutiquiana, observó que todos los argumentos que solían aducirse para justificar el cisma an-

glicano, podían con igual fuerza aplicarse a la secta de Eutiques; de donde se veía precisado a concluir, que la Iglesia anglicana se encontraba, con respecto a la Iglesia romana, en la misma condición que aquellos antiguos herejes. De aquí se deducían consecuencias de la mayor gravedad y trascendencia, las cuales, por lo mismo que no podían ocultarse a su clara inteligencia, inquietaban su corazón y turbaban su espíritu.

Un artículo publicado por Wiseman en la *Dublin Review* aumentó sus inquietudes y turbaciones. Tratábase en él de las discusiones que San Agustín tuvo que sostener en Africa con los donatistas, comentando el articulista aquel luminoso principio que el santo Obispo de Hipona estableció como infalible, para juzgar con certeza cuándo una iglesia local participa de la saviad la verdadera Iglesia de Jesucristo o se encuentra sumida en las tinieblas del cisma y la herejía; principio que el santo Doctor formuló en estos términos: *Quapropter securus judicat orbis terrarum, bonos non esse qui se dividunt ad orbe terrarum, in quacumque parte orbis terrarum.* Que fué como decir: Cuando la Iglesia universal aparta de su comunión a una iglesia particular, ésta se halla claramente en el error. Wiseman demostraba en este artículo que la situación en que se encontraban los anglicanos de su tiempo se asemejaba mucho a la de los cismáticos y herejes del tiempo de San Agustín, y que todos los argumentos con que Newman y sus partidarios se esforzaban en defender a la Iglesia anglicana, habían sido ya rechazados por San Agustín, San Ambrosio y otros muchos doctores de la Iglesia, quienes solían también denunciar como hereje o cismática cualquier iglesia particular que no se hallase en comunión con la Silla de Pedro. Este artículo hirió de muerte el sistema teológico de Newman, como él mismo lo confesó en presencia de varios amigos; pero por no declararse vencido al primer golpe del adversario, publicó una réplica, en la que admitía que la Iglesia anglicana había perdido las notas de unidad y catolicidad, y había caído realmente en el cisma, pero al mismo tiempo se esforzaba en probar que atendidas las circunstancias y la corrupción de la Iglesia romana, el cisma debía justificarse.

En este crítico período del movimiento tractariano, Wiseman fué creado coadjutor del Vicario apostólico del distrito central, y rector del Colegio de Oscott. El 8 de Junio de 1840 recibió en Roma la consagración episcopal de manos del cardenal Frasoni, y en Setiembre del mismo año tomó posesión de su cargo en el citado colegio, dispuesto a convertirle en el primer centro apologético de Inglaterra, con el fin de secundar el movimiento de Oxford y encauzarle hacia la Iglesia católica. Eficazmente secundado por algunos anglicanos conversos, como Ignacio Spencer, Pugin y Lisle Phillips, logró entablar relaciones con los principales discípulos de Newman, como Oakeley y

Ward. Desde luego se esforzó en hacerles ver la incompatibilidad de los treinta y nueve artículos de la Iglesia anglicana con los dogmas de la primitiva Iglesia sobre la Sagrada Escritura, los Concilios generales, la justificación, el purgatorio, la misa y el celibato. No se le ocultó a Newman la posición delicada en que esta nueva fase de la controversia le colocaba, y desde luego comprendió que, si no conseguía interpretar en sentido católico el credo oficial del Anglicanismo, su causa estaba perdida, y bien pronto se vería abandonado de sus más decididos defensores y aventajados discípulos. A este fin ordenó el tratado noventa, último de la serie, en el cual distinguía tres cosas: los artículos de fe profesados por los cristianos de los primeros siglos; los dogmas definidos por el concilio Tridentino, y ciertas creencias erróneas bastante generalizadas en la Iglesia romana, pero que no forman parte de su credo. Esto supuesto, defendía que los treinta y nueve artículos no se oponían a la fe de los primeros siglos del Cristianismo, ni tampoco a los dogmas establecidos por los Padres reunidos en Trento; sino que únicamente condenaban ciertos errores y exageraciones populares, que no tenían fuerza de principios dogmáticos, por lo cual podían ser admitidos por cualquiera que suscribiese los decretos del Tridentino.

Este tratado se publicó en Febrero del 1841, y, como era de esperar, provocó grandes protestas, no sólo en la Universidad, sino también en toda Inglaterra. El claustro de doctores condenó el tratado, por darse en él a los artículos una interpretación incompatible con los estatutos de la Universidad; los obispos anglicanos escribieron violentas pastorales contra los tractarianos, llegando algunos a declarar que no ordenarían a los clérigos que admitiesen la interpretación dada por Newman al credo anglicano, y hasta en la Cámara de los Lores se le denunció como traidor a la Religión del Estado. La escuela liberal, especialmente Arnold y los redactores de la *Edinburgh Review* (1) aprovecharon esta ocasión para vengarse de la derrota que les hizo sufrir el autor del tratado, cuando el nombramiento del Dr. Hampden para la cátedra regia de teología, por lo cual, no contentos con atacarle despiadadamente, pidieron y consiguieron que Arnold fuese nombrado

1 La *Edinburgh Review* era órgano del liberalismo filosófico inglés, de los antiguos *Whigs*, siendo durante mucho tiempo uno de sus principales redactores lord Brougham. Esta revista, como todas las publicaciones del partido Whig, se ha distinguido siempre por las campañas que ha reñido en defensa de los derechos de los católicos oprimidos, aunque sólo desde el punto de vista filosófico y político. La *Quarterly Review*, por el contrario, era intérprete de los *Tories*, de la aristocracia y del Anglicanismo, y siempre se mostró contraria al Catolicismo. Los tractarios publicaban en Oxford su *Theological Review*. A llenar el vacío que se sentía de una revista netamente católica que pudiese competir bajo todos conceptos con las dos mencionadas y que fuese órgano fiel del partido católico, vino la *Dublin Review*, que, como hemos dicho en otro lugar, fué fundada por O'Connell y Wiseman. En estas publicaciones han aparecido trabajos muy notables en ciencias políticas y religiosas debidos a las plumas de los más ilustres literatos ingleses del siglo pasado.

profesor regio de Historia, con el fin de que desde tan importante cátedra contrarrestase el influjo, siempre creciente, de Newman y sus amigos entre los jóvenes estudiantes.

Al paso que los obispos anglicanos tratataban con inusitado rigor a la *secta romanista*, como llamaban con desprecio a los tractarianos, no tenían inconveniente en fraternizar con las sectas luteranas de Alemania en la erección de un obispado protestante en Jerusalén. La provisión de esta Silla debía hacerse alternativamente por los gobiernos inglés y prusiano, y el obispo electo había de tener jurisdicción sobre todas las sectas cismáticas y protestantes de la Palestina, fuesen anglicanas, luteranas o calvinistas (1). Esta conducta del Alto Clero inglés dió un golpe mortal al anglicanismo de Newman, quien vió en ella una prueba palmaria del abismo en que había caído su Iglesia, pues llegaba hasta el extremo de comulgar con todas las herejías y cismas que habían desgarrado la vestidura de Jesucristo, mientras que rechazaba toda comunicación con Roma, que era precisamente la que tenía más puntos de semejanza con la primitiva Iglesia.

Por este tiempo publicaron los tractarianos un folleto, que dirigieron a modo de circular a los miembros del clero de Oxford, con el título de *Restablecimiento de los institutos monásticos y religiosos, según un plan adaptado a las exigencias de la Iglesia católica reformada de Inglaterra* (2). En él, partiendo sus autores del principio de que la verdadera Iglesia de Jesucristo no puede subsistir sin que en ella se practique con toda fidelidad la vida as-

1 Véase la carta de recomendación que el arzobispo de Cantórbery dirigió a todas las sectas y comuniones religiosas de Oriente notificándoles la elección y consagración del primer obispo anglicano de Jerusalén. «A nuestros venerables y amados hermanos en Jesucristo, los obispos y jefes de las antiguas comunidades apostólicas en Siria y países vecinos, Guillermo, por la divina Providencia, arzobispo de Cantórbery, primado y metropolitano de toda la Inglaterra: Gozo en el Señor. A vuestra benevolencia, venerables y queridos hermanos, os recomendamos con todo el celo de que somos capaces, al señor Miguel Salomón Alexandre, doctor en Teología, a quien, teniendo en cuenta su piedad y talentos y en conformidad con los cánones de nuestra santa y apostólica Iglesia, hemos nombrado obispo de la Iglesia de Inglaterra y de Irlanda. Autorizado por nuestra reina le hemos enviado a Jerusalén y confiádole el cuidado espiritual de todos los legos y eclesiásticos de nuestra Iglesia en ese país y sus limítrofes. Mas, a fin de que nadie ignore la razón porque hemos enviado al señor Miguel Salomón como obispo, le hemos encargado no ofenda ni menoscabe el poder que os pertenece, lo mismo que a los demás jefes de las comuniones orientales, sino que os dé los testimonios de la estimación que merecéis y se muestre siempre pronto y fervoroso para todo lo que pueda adelantar la caridad y fraternal armonía. Confiamos que nuestro hermano el Obispo observará de corazón y en conciencia, bien y fielmente lo que le hemos encargado. Os rogamos, pues, en nombre de nuestro Señor Jesucristo le recibáis como hermano y le ofrezcáis a su tiempo lo que necesite. Esperamos que recibiréis con benevolencia esta carta, la cual prueba cuánto nos importa el lazo de la antigua fraternidad con las Iglesias de Oriente roto hace ya muchas generaciones. Y si por la voluntad y gracia de Dios se renuevan estos lazos, esperamos que desaparezcan las divisiones nacidas en la Iglesia de Jesucristo y que tanto la han hecho sufrir. En esta esperanza hemos puesto a esta carta autógrafa nuestro sello arzobispal.—Dado en Lambeth a 3 de Noviembre de 1841».

2 Los tractarianos llamaban a su secta con el nombre de *Iglesia católica reformada*.

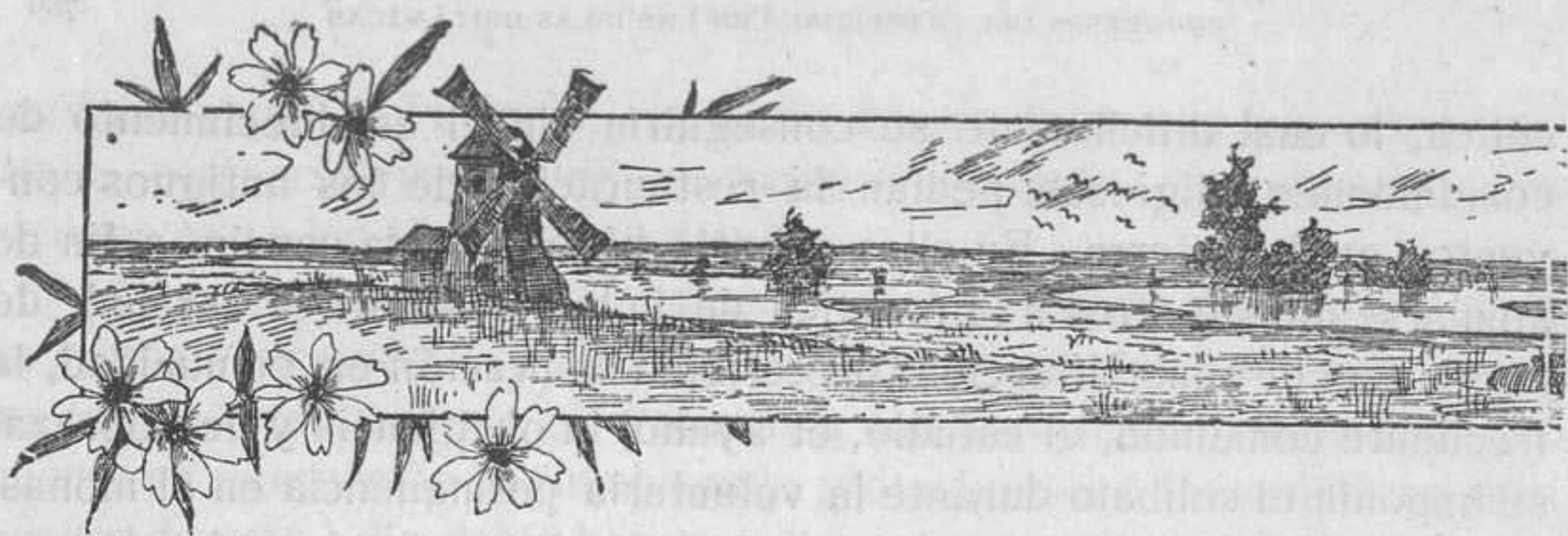
cética, lo cual difícilmente se conseguiría sin el establecimiento de comunidades religiosas, pedían la restauración de los antiguos conventos en Inglaterra. En ellos debería hacerse vida común, a fin de animarse unos a otros a la práctica de la humildad, de la caridad, de la penitencia y mortificación; prescribían la oración en comunidad, la frecuente comunión, el estudio, el ayuno, la obediencia y la pobreza; se imponía el celibato durante la voluntaria permanencia en el monasterio, confirmándose todas estas prácticas piadosas con votos temporales. A fines del año 1842, el doctor Newman fundó sobre estas bases un monasterio en Littlemore, cerca de Oxford, al cual se retiró con varios jóvenes, que, bajo su dirección, se entregaron a una vida de perfección, dividiendo el tiempo entre el estudio, la meditación y el rezo del breviario, y ejercitándose en la práctica de las virtudes, de la frecuente comunión, del ayuno, mortificación y abstinencia. Al emprender este nuevo género de vida, el restaurador de la vida monástica entre los anglicanos publicó una retractación en la que retiraba una multitud de expresiones que había vertido en varias de sus obras contra la Iglesia católica romana, confesando que, si alguna vez había hablado contra una comunión tan *antigua*, tan *entendida*, tan *abundante en santos*, no tanto lo había hecho movido por sus propios sentimientos como para imitar a los ministros de la Iglesia anglicana, y para librarse de la nota de *papismo*.

En la apacible soledad de Littlemore, Newman, ilustrado por la gracia divina, comprendió la futilidad de los argumentos en que fundaba su oposición a la Iglesia romana, y perdidas sus esperanzas de reforma en la Iglesia anglicana, se convenció de la grave obligación de conciencia en que se encontraba de resignar el cargo pastoral que en ella desempeñaba. Hecho público su propósito, el día 24 de Setiembre de 1843, ante numeroso y escogido auditorio, predicó su sermón de despedida, intitulado *The Parting of Friends*, y con los ojos arrasados de lágrimas y el corazón oprimido por el dolor, dió el último adiós a la capilla de Santa María (1).

FR. CASIMIRO DE LA VIRGEN DEL CARMEN, C. D.

(*Se continuará*).

1 Cnf. Mazley, *Letters and Correspondence of Newman During his Life in the English Church*.—Ward, *William George Ward and the Oxford Movement*.—Newman, *Apologia pro Vita Sua*.—*Tracts for the Times*.—Thureau-Dangin, *La Renaissance Catholique en Angleterre au XIX. e Siècle*, v. I.



CATALINA FARNESE

(Continuación)

CAPITULO VI

De una entrevista de Catalina con el duque Ranuccio, y de la conversación entre éste y su madre sobre la vocación de aquella.



SOBRE la ancha mesa, que en medio del comedor estaba, brillaban en armoniosa disposición finísimas lozas, vasos y garrafas de Murano, llenos de albillo de Florencia y de vino griego, cubiertos de marfil y cazolotas de plata, una artística jarra con agua perfumada y, en medio, un enorme y pesado salero, que representaba al triunfo.

Hacia un momento que la princesa Margarita se había sentado en una muelle butaca de velludo, junto al duque Ranuccio, cuando Catalina, a quien ninguno esperaba, se presentó resplandeciente de belleza, vestida con el rico traje de seda que se ajustaba perfectamente a su gracioso talle.

Inclinó ligeramente su rizada cabeza, y sonrió como una niña que sabe hacer una picardía. Mirábanla admiradas las damas y los caballeros de honor del príncipe, mas ella sentóse en su lugar, como quien no se da cuenta de la sorpresa que su presencia despierta.

Observó a su hija la princesa Margarita; y al verla con tanto esmero vestida, dudó si sería verdad que aquella criatura tenía espíritu de piedad y penitencia. Volvióse también el duque hacia ella y mirando fijamente sus ojos, la preguntó:

—¿Conque estás ya curada?

—Parece que sí...—respondió sonriéndose Catalina.

—¿Y por qué no has hecho que te anunciaran?—preguntó de nuevo el duque, visiblemente contrariado por la seca respuesta de su hermana.

—Porque no tuve tiempo; pero desde ahora anuncio que esta tarde, a la hora de la siesta, tomaré parte en el torneo.

Un destello de cólera, repentinamente apagado, asomó a los ojos del duque: era en aquel momento tan bella Catalina, que no se podía reprocharla; en medio de las damas, parecía una verdadera reina.

¿Llegaría de veras a serlo?

Durante la comida, el duque estuvo distraído; y la conversación de los comensales fué aquel día mucho más fría y convencional que de costumbre.

De cuando en cuando y sin que él deliberadamente lo quisiese, los ojos del duque miraban a Catalina, cual si ansioso procurase sorprender los movimientos secretos de aquella alma.

También la princesa Margarita comía de mala gana y estaba agitadísima, deseando consultar cuanto antes con el Padre Canducci.

Concluída la comida, el duque se retiró sin dilación, y una hora después hizo saber a Catalina, que la esperaba en su gabinete particular a fin de tratar con ella de asuntos urgentes.

Habíase la jóven metido en los invernaderos del jardín y contemplaba un rosal florido, cuando llegó a ella la embajada (Los príncipes estaban todavía en el palacio de verano, su residencia preferida). Cortó Catalina una rosa y, sin inmutarse, contestó:

—Decid al duque que estoy a sus órdenes.

Y con paso apresurado siguió al criado.

Crujía bajo su pequeño y nervioso pié la grava del camino, la tierra despedía olores a hongos y hojas muertas, los árboles ofrecían un aspecto triste y entre sus ramas, que parecía se doblaban sobre sí mismas movidas de una congoja íntima, descubriáanse colgando los restos de viejos nidos.

Oprimía tiernamente Catalina entre sus blanquísimos dedos la rosa, y mientras tanto parece que la tristeza de la naturaleza le invadía poco a poco, sin que pudiese resistirlo, el corazón: parecíale que en torno suyo todo sufría sin esperanza de consuelo, todo, aun la pobrecita rosa nacida en las prisiones del invernadero, la cual tiritaba bajo el pálido sol del otoño. Paróse por un momento: todo en torno suyo estaba en silencio, en un silencio infinito, tal como ella tantas veces lo había soñado; silencio que le permitía extender los viejos pliegues del alma y que era muy a propósito para el recogimiento, para la meditación y para hacer olvidar toda tristeza terrena.

¿Sería como éste el silencio de una celda en el claustro? ¿Y se-

rían también así, o más profundas y benignas, las sombras de los jardines seculares acostumbrados a ver las palpitaciones de espíritus contemplativos?

¿Y allí tan sólo se hallaría la paz?....

Un pájaro, pasando de refilón, hirió bruscamente el aire y descompuso los cabellos de la absorta joven; la cual se estremeció, y, pareciéndole que había pasado mucho tiempo en aquella contemplación de su ideal, y acordándose que el duque la aguardaba, entró casi de corrida en el palacio.

Poco después, recibíala Ranuccio sonriente, medio echado en una butaca, frente a un gran escritorio lleno de cartas.

Miráronse ambos durante unos instantes sin hacer el menor movimiento, hasta que por fin el duque, con una dulzura que hizo dar un vuelco al corazón de la joven, le dijo:

—Siéntate, Catalina, que tengo que anunciarte una buena nueva.

Obedeció esta lentamente y dejó caer la rosa en su regazo; después, con aire de interrogación, fijó sus grandes e inteligentes ojos en los del duque, permaneciendo inmóvil y sin decir palabra.

Hubo un instante en el que parecía que al jóven duque, muy probado ya por los afanosos cuidados del gobierno, le faltaba por primera vez la palabra: aquella mirada de su hermana penetrábale el alma, y se la esclavizaba con una audacia extraña.

—Catalina,—dijo por fin con vacilante voz—contigo es inútil andar en rodeos. ¿Qué responderías si el rey de Inglaterra pidiese tu mano?....

Ninguna sorpresa causó en la jóven esta pregunta:

—¿Que qué respondería?...—dijo acariciando los pétalos de la pálida rosa:—un monosílabo y este por una sola vez: No. Sábeta, Ranuccio, que tu hermana no está dispuesta a engendrar hijos para el demonio.... ¿Y para saber esta respuesta me has llamado?

Frunció el duque las espesas cejas, apretó sus abultados labios, meneando lentamente la cabeza, y dijo por fin:

—No; no era para esto. Escucha un poco. Tú eres bella, Catalina....

—¿Y qué?

—El rey cristianísimo, después de examinar los retratos de todas las princesas de Europa, te ha juzgado por la más bella.

—Acaba pronto, Ranuccio.

El duque, como para librarse del embarazo que le oprimía, púsose en pié, y dijo con majestad:

—El duque Maximiliano de Innsbruk pide también tu mano.

Palideció la jóven, tembláronle los labios, faltóle hasta la voz, mas después, con una humildad desconocida en ella, con una aflicción interior imprevista, preguntó en tono suplicante:

—¿Puedo disponer de mí como Dios manda?

Turbado el duque con tales palabras respondióle paternalmente:

—Ahora y siempre, hijita.

Recobróse al oír esto Catalina, y poniéndose en pie con toda la belleza de su gentil persona, dijo con firmeza, la frente erguida y la vista inmóvil:

—Sépallo, pues, el duque Ranuccio: jamás hombre alguno poseerá a la princesa Catalina Farnese.

—¿Qué es lo que dices?...

—Ninguno, porque Dios así lo quiere.

—¿Y te atreverías a?...

—¿A qué?...

Miró el duque a Catalina, que, de pie e inmóvil, parecía transfigurada, recogió con trabajo sus fuerzas y su voz, y dijo:

—Catalina, tus rarezas pueden atraerte el tormento de toda tu vida. Examina si tu cerebro obedece a la reflexión.

—Mi cerebro y mi alma luchan hace años.... mas tú no sabes, no puedes saber.... el alma no dice qué es aquello que la agita y oprime, porque las palpitaciones del alma son para Dios, que «escudriña los corazones». Ranuccio, da tiempo al tiempo, a fin de que Dios pueda hacer su obra.

Calló el duque. Frunciéronsele sus espesas cejas, y un velo de tristeza cubrió sus ojos.

—¿Puedo salir?....—preguntó tranquila Catalina.

—Sal si quieres—respondió el duque con la voz apagada.

Vaciló al principio la joven, mas, por fin, dijo muy despacio:

—Para que guardes recuerdo de este día, Catalina te regala una rosa....; Los pétalos no hablan, pero entienden!....

Y salió dejando la flor sobre el escritorio atestado de cartas.

El duque quedó muy palido. Con ansia y enojo recogió la flor y miróla, cual si desease sacar a sus marchitos pétalos el secreto que encerraban.... Agitó después una campanilla y dijo nervioso al criado que a su sonido acudió:

—Que venga en seguida la princesa Margarita.

* * *

Pocos instantes después, la princesa sollozaba junto al duque profundamente turbado, y recordábale antiguas predicciones, de cuyo cumplimiento ella hubiera querido estar cierta.

Recordaba que poco más de un mes antes de nacer Catalina, había ella visitado el convento de las Capuchinas de Piacenza, en el cual una monja, tenida en mucho principalmente por su extraordinaria virtud, encontrándose con ella, le había dicho sin vacilar ni

un momento:—Princesa, tendrá una hija y yo le aseguro que será una gran santa.

Más tarde, en el momento mismo en que venía al mundo en Piacenza Catalina, la Madre María Antonia Genovese, fundadora del convento de Carmelitas de Parma y alma muy favorecida de Dios, reunió a todas sus religiosas y les dijo llena de santa alegría:

—Hijas mías, demos gracias a Dios porque a la señora duquesa de Piacenza acaba de nacerle una niña que será Descalza en este nuestro convento.

Además de esto, Catalina había tenido por camarera a una señora florentina, dama de corte en aquellos días, la cual fué después religiosa Descalza en Parma con el nombre de Madre Margarita de San Eduardo y Priora del convento; y por ama de cría habíale dado a Bárbara Razzina, que con la leche le infundió el amor a la Virgen del Carmen y a Santa Teresa.

Oía el duque a la princesa, deshojando un poco nervioso la pálida rosa. Maravillábale la extraordinaria facundia de su madre en aquellos momentos.

—¿Y tú no dices nada, Ranuccio?....—preguntó la princesa, luego que concluyó de desahogar su corazón.

Continuó el duque atormentando la pobre e inocente flor, y, sin mirar a su madre, preguntó a media voz:

—¿Quiere, pues, que Catalina se meta religiosa?

La princesa se estremeció: jamás había osado nadie ponerla de una manera tan improvisada frente a frente con su conciencia.

Prosiguió el duque con una descuidada ironía, cual si hiciese para consigo mismo sus reflexiones:

—Catalina ha sido en verdad llamada la bella cadete de Parma....

Mas la princesa, extraordinariamente pálida, cortóle brusca-mente las palabras:

—Ranuccio—dijo con voz acongojada, y oponiéndose a él con toda la autoridad de princesa y de madre—Ranuccio, no interpretes maliciosamente mis sentimientos. Yo en manera alguna los oculto, mas pondera cuanto te digo: deseo que Catalina tenga vocación; lo deseo, no porque ella sea la cadete de Parma, no por un egoísmo culpable, vergüenza de nuestros tiempos, sino porque mi corazón de madre me dice que sólo en la religión hallará paz. No me preguntes la causa de este mi deseo, no sabría decírtela.... ¡Hemos sufrido tanto, Ranuccio!

Tal vez en aquel instante la pobre madre conocía demasiadamente la necesidad que la casa Farnese tenía de depositar en el altar de Dios una flor incontaminada, cuyo perfume sirviese de sacrificio y expiación.

No lo dijo así.

En un estremecimiento imprevisto, habíase el duque dejado caer la ajada rosa y respiraba afanosamente, oprimido también por un cúmulo inmenso de tristes memorias. Cuando levantó el rostro contraído, encontróse con la mirada firme de su madre y no osó formular la pregunta que pugnaba por salirle de los labios:

—¿Hay verdadera vocación en Catalina?

Callaron entrambos. Como suele acaecer en los momentos más solemnes de la vida, ambos sentían, como iluminados por una interior clarividencia, que Catalina sostenía una dura contienda y que deseaba luchar sola; sentían acaso, por primera vez, que una alma grande peleaba consigo misma en silencio y en aquel fastuoso palacio, que le era completamente extraño; conocían que era necesario esperar—acaso acaso por mucho tiempo—a fin de que se acabase en Catalina la obra de Dios y ella misma rompiese el secreto de su misterio.

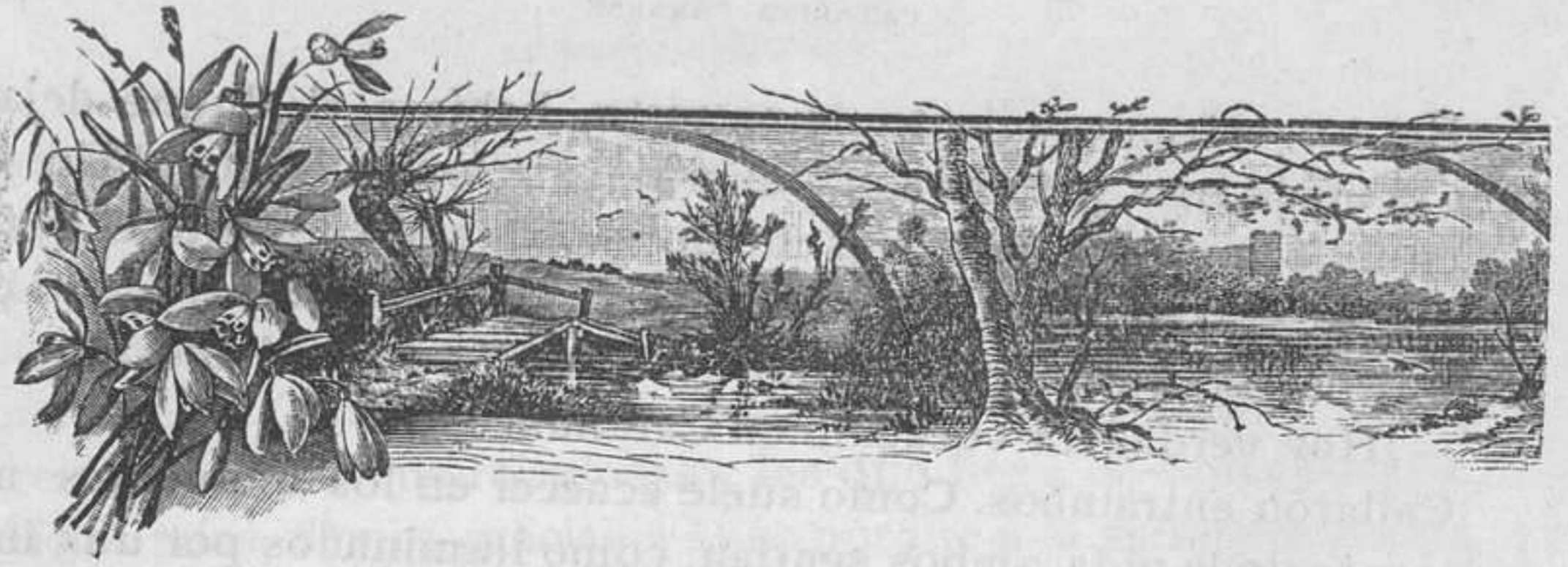
Y junto a ellos, aquella rosa testigo mudo de todo, se estremecía tal vez en silencio.

Por la traducción,

FR. CLAUDIO DE JESÚS CRUCIFICADO, C. D.

(Continuará)





SECCIÓN CANONICA

Estatutos de la Cofradía del Niño Jesús de Praga

Con fecha 30 de Marzo del presente año de 1913 fué concedida por Su Santidad el Papa Pío X, al M. R. P. Prepósito General de los Carmelitas Descalzos y a sus sucesores, la facultad exclusiva de erigir en todo el mundo la Cofradía del Niño Jesús de Praga. Así consta en documento oficial que EL MONTE CARMELO publicó traducido en su número de 15 de Mayo.

Posteriormente, N. M. R. P. General presentó a la Sagrada Congregación del Concilio, las normas o estatutos por las que dicha Cofradía había de regirse. La Sagrada Congregación se dignó aprobarlas el día 24 de Julio próximo pasado, con la autoridad del Sumo Pontífice, enviando copia auténtica del autógrafo que se conserva en el Archivo de dicha Sagrada Congregación, cuyo texto es como sigue:

Estatutos de la Cofradía del Niño Jesús de Praga

1.º

Fin de la Cofradía

1. El fin de esta Cofradía es promover el culto al Niño Jesús y ofrecer a la consideración de los fieles, y en especial de los miembros de la Cofradía, los ejemplos elevados de virtud que Nuestro Salvador nos ofreció en su vida oculta, para de esta suerte inflamar sus corazones en el amor al Verbo encarnado.

2. Poner bajo la protección del Divino Infante a todos los cristianos y con preferencia a los niños, a fin de que su inocencia quede a salvo de las asechancas y corrupción del mundo.

2.º

Régimen y Ejercicios de la Cofradía

1. El Superior que es o fuere de las iglesias o capillas de Nuestra Orden, donde dicha Cofradía estuviese canónicamente erigida, será su Director. En las iglesias o capillas que no son de la Orden, ha de nombrarse Director con consentimiento del Ordinario.

2. Si los miembros de la Cofradía dieren voluntariamente alguna limosna, se ha de emplear en el aumento del culto sagrado, o si no, envíese a las misiones encargadas de la redención de los niños infieles.

3. El día 25 de cada mes, se hará algún ejercicio piadoso en honor del Niño Jesús en la iglesia o capilla en que la cofradía estuviese canónicamente erigida.

4. La fiesta anual se ha de celebrar solemnemente el segundo Domingo después de la Epifanía, ó sea en la fiesta del Dulce Nombre de Jesús, o en otro día que se señalare.

3.º

Obligaciones comunes de los Cofrades

1. Han de inscribirse en el registro de la Cofradía el día que fueren admitidos a ella.

2. Deben llevar pendiente del cuello, o de otro modo decente, pero siempre consigo, la medalla del Niño Jesús que se les impuso en el acto de la recepción por un Sacerdote facultado para el caso.

3. Rezarán tres veces, cada día, el Gloria Patri con esta jaculatoria: «Divino Niño Jesús, bendecidme».

4.º

Actos de piedad que se recomiendan a los Cofrades

1. Asistir con puntualidad a la función mensual del día 25 y a los cultos solemnes que se celebran una vez al año, como arriba se ha indicado.

2. Recibir los Santos Sacramentos con la frecuencia que la edad lo consienta, sobre todo en las festividades del Señor y el día 25 de cada mes.

Concuerta con el original que se guarda en el Archivo de nuestra Casa Generalicia.

Roma 1.º de Octubre de 1913.

FR. LUCAS DE M.^a SMA.

Procurador General.

Por la traducción,

FR. DANIEL DE LA ENCARNACIÓN.



BIBLIOGRAFIA

Nada te turbe...., por el R. P. Pedro Aguilera, S. J. Librería Religiosa, Aviñó, 20, Barcelona. Precio 2 pesetas.

Los innumerables devotos del Serafín del Carmelo tienen una obra más con que enriquecer la biblioteca carmelitana. En ella podrán admirar una vez más la sublimidad y grandeza del pensamiento de la gran Doctora Mística, que brilla con divinos resplandores hasta en sus composiciones más insignificantes. Esta obrita consta de 259 páginas, en las cuales glosa el autor, con más o menos amplitud, pero siempre a la luz de la teología y filosofía cristianas, la hermosa letrilla de la Santa, cuyo verso primero lleva como título su obra. Aunque escrita en estilo llano y sencillo, el P. Aguilera muestra con maestría los riquísimos tesoros de celestial sabiduría que encierra, y pone de manifiesto las enseñanzas que contiene. No es ésta una obra piadosa ni de mera devoción, sino un tratado muy sólido de ascética, que será muy provechoso para toda suerte de personas que traten de perfección. Los directores de almas encontrarán en ella documentos eficacísimos, para dirigirlas al amor de Dios por el camino de la perfecta conformidad con la voluntad divina en todas las tribulaciones de la presente vida.—FR. C. V. C.

Poesías de Santa Teresa de Jesús entresacadas de las diversas ediciones de sus obras, con un prólogo del R. P. Francisco Jiménez Campaña. Librería de Gregorio del Amo, Madrid, Paz. 6. Una peseta el ejemplar. Los pedidos pueden hacerse a esta Administración.

No tiene la presente edición el mérito de haber descubierto alguna poesía nueva de Santa Teresa ni siquiera el de haber corregido el texto de las conocidas. Según reza la portada, es un trabajo de pura colección. Pero aún así no carece de mérito. Gústanos a todos separar y analizar las cosas para mejor conocerlas. Al separar, pues, las poesías de la Santa de sus obras en prosa, el editor nos ayuda para que, fijando nuestra atención en ellas, podamos mejor conocer bajo este aspecto a la escritora más genial, no sólo de nuestra literatura, sino de todas las de Europa. En estas poesías se nos ofrece Santa Teresa tal como era. No había estudiado los artificios de la retórica ni siquiera las reglas de la métrica. Sabía versificar por ese don bastante común que ha dado pié, aunque sin fundamento, para decir que de poeta todos tenemos un poco. Amante naturalmente de la música y de la armonía del metro, Santa Teresa expresó en ellos las armonías ínti-

mas de su alma endiosada, en que todo era por Dios y para Dios. Y esto es precisamente lo que se nota en todas sus poesías: esa tendencia hacia Dios, ese tino admirable con que sabía enderazarlo todo a él. Tienen además casi todas algo de típico, que revela el modo de ser santamente alegre de los austeros monasterios fundados por la Santa, que las compuso para regocijar a sus hijas en las fiestas principales. Tal era el fin de las poesías *A San Andrés, A San Hilarión, A Santa Catalina Mártir, Para una profesión* y de otras muchas. Pero quedaríamos cortos si sólo nos fijásemos en estas composiciones que pudiéramos decir ligeras, aunque no en el sentido de poco meritorias, pues nada hay sin mérito en las producciones de una Santa en quien tan amigablemente se unió lo divino con lo humano. Las poesías que comienzan *Vivo sin vivir en mí, Oh hermosura que excedéis, En las internas entrañas, De tal suerte pudo amor* y *Si el amor que me tenéis* son propias de un alma que más vive en el cielo que en la tierra; suspiros de un corazón que late a impulso tan sólo del divino amor. Querer decir algo de ellas, sería profanarlas, porque, por mucho que agucemos la inteligencia, jamás nos será dado comprender lo que un alma pura siente en la intimidad con su Dios, si el mismo Señor no nos eleva a sí y derrama sobre nuestro corazón la abundancia de sus soberanas dulzuras. Aun si fuéramos a decir lo poco que de ellas entendemos, sería alargar demasiado los límites de este artículo bibliográfico. Nos contentamos, pues, con presentarlas e invitar a cuantos gusten de leerlas a admirar y saborear sus bellezas.

Breve compendio de la vida y milagros de la sierva de Dios Sor Teresa del Niño Jesús, traducción del francés por el R. P. Romualdo de Santa Catalina, Carmelita Descalzo. Herederos de Juan Gili, Cortes, 581, Barcelona. 1913.

El suave perfume de la santidad de Sor Teresita hase extendido por todas partes. Sin embargo, son muchos los que todavía no la conocen más que de oídas. Era, pues, necesario un *Compendio* de su vida, que pudiese ser adquirido aun por los de más exigua fortuna. Tal es la obrita que nos ha ofrecido el P. Romualdo traducida del francés. Véase en él cómo Sor Teresita se fué desarrollando en el ambiente sencillo y afectuoso de su familia, probada por la tribulación; su primera comunión, sus ardientes deseos por entrar en el Carmen, su inmolación perfecta en el claustro y el ideal de santidad a que llegó, siendo un verdadero ángel en la tierra. Después de muerta, Sor Teresita no ha dejado de influir benéficamente en las almas. Al principio las gracias que derramaba fueron como una lluvia; y esto motivó la iniciación de la causa de su beatificación. Hoy aquellas gracias son un verdadero torrente que inunda el mundo entero. Todo esto se halla resumido en el presente librito, que conserva en parte el encanto de la *Historia de un alma*, y abarca aun mucho más que ella. Es a propósito aun para aquellos que, habiendo leído las obras de nuestra Santita, deseen retener en su memoria los principales puntos de ellos y meditarlos para su aprovechamiento espiritual. Puede adquirirse por 10 céntimos, pidiéndolo a esta Administración. FR. C. DE J. C.

Problemas Nacionales. Preámbulo a una Memoria, por D. José de Parres Sobrino, Fiscal del Tribunal Supremo. Madrid, Imprenta La Editora, San Bernardo, 19, 1913.

Con atento B. L. M. hemos recibido el presente opusculito, pequeño en su volumen, pero grande en la importancia, puesto que se trata en él de los principales problemas nacionales que de la vida de nuestra patria en el año pasado se desprenden, y están tratados por persona competentísima y que por su cargo ha podido mejor que nadie experimentarlos y examinarlos. Examínase en él la importancia del Ministerio Fiscal, ya en sí mismo considerado, ya en relación con tres de los problemas que actualmente más preocupan a España, a saber, el anarquismo y su represión, el socialismo y la emigración. De cada uno de estos problemas se deduce como consecuencia legítima aquella importancia, por lo mucho que, ejercitado con energía y prudencia, podía influir en bien de la sociedad. Tiene el autor algunas ideas de esas que flotan en el ambiente moderno, ideas de libertad, generosas a veces, pero que son llevadas por mal camino, aunque en él no se nota ninguna cosa de sectarismo ni aun abiertamente anticatólica.

Almanaque Carmelitano para 1914, Tipografía Católica, Calle del Pino, 5, Barcelona.

La entusiasta acogida que en los pocos años que lleva de publicación ha tenido el *Almanaque Carmelitano*, así en España como en América, ha movido a nuestros Padres de Cataluña a mejorarle notablemente para este año. Véase la mejora en la misma cubierta, en la impresión clara y limpia y en los muchos y hermosos grabados y viñetas que lo adornan. Además del calendario, trae para cada mes una consideración piadosa, muy bien escrita, sobre el santo o misterio a que está aquel dedicado. Al fin trae también artículos y poesías y leyendas amenas sobre las devociones y cosas de nuestra Orden. Resulta interesante y muy a propósito para propagar entre los fieles el espíritu carmelitano, por lo cual no dudamos en recomendarlo vivamente a nuestros religiosos, terciarios y cofrades. Cuesta el ejemplar, en España 0'35 ptas; en el extranjero, medio franco. En los pedidos de más de doce, se hace la rebaja del veinte por ciento.

El Magnificat del Alma Reparadora, por el autor de «Vamos al Cielo». Impr. de P. Sanmartí, Caspe, 32, Barcelona.

Es el presente opusculito una serie de consideraciones y afectos sobre los diversos versículos del *Magnificat*, muy a propósito para desagrar a Jesús Sacramentado de las ofensas que recibe, identificándose para esto con los sentimientos que animaban el corazón de María. Es muy a propósito para pasar santa y dulcemente algunas horas a los pies del Tabernáculo. Los pensamientos que en él se expresan son elevados y los afectos como salidos de un corazón verdaderamente piadoso.

La V. Sor María de Jesús, sus reliquias, su vida, sus obras, por el P. Nazario Pérez, S. J. Bilbao, «El Mensajero del Corazón de Jesús», 1913.

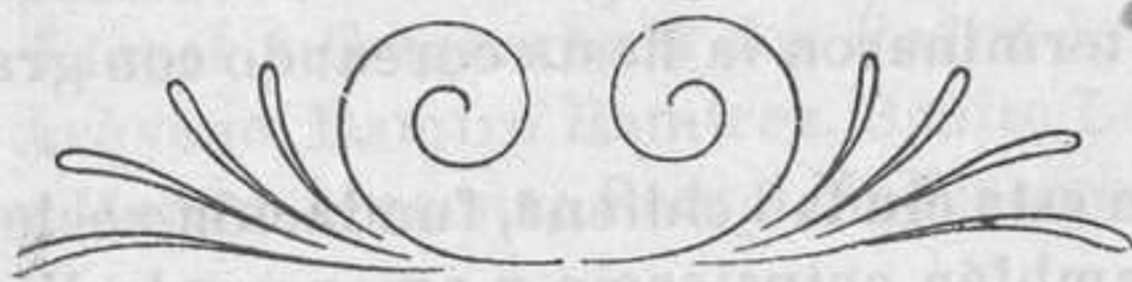
Es un opusculito publicado como impresiones de un viaje en *El Mensajero*

jero. Léese con fruición, por lo hermoso de la dicción en que se halla escrito. Trata de los lugares en que vivió y murió la V. Agreda. Describe a grandes rasgos su vida interior, sus virtudes como abadesa, su ciencia y algunas otras cualidades que la enaltecen. Al fin habla de los impugnadores y de los defensores de su «Mística ciudad de Dios». Puede servir para dar a conocer y hacer popular a la Venerable.

Hemos recibido de la *Biblioteca Sacro-Musical*, Ildefonso Alier, Madrid.—Enero, 1913: «Sección vocal»: I. Llaudaró, *Misa de Requiem*. (Continuación); «Antología», Aguilera (S.), *Ensalada*, pag. 71-74; «Repertorio de organistas», Rubio Piqueras (F.), *Juego orgánico*, (Continuación).—Febrero, 1913: «Sección vocal», A. Vicens, *Secuencia de Resurrección*, a dos voces; I. Llaudaró, *Gozos a San José*; F. Saizar, *Himno al Niño Jesús de Praga*; J. M. Beovide, *Misa*, a tres voces, (Continuación); I. Llaudaró, *Misa de Requiem*, (Continuación).—Marzo, 1913; Beovide, *Misa*, (Continuación); Llaudaró, *Misa de Requiem*, (Continuación); A. Tellería, *Juego de Motetes al Santísimo Sacramento*, a dos voces; M. Villalba, *Tantum ergo*.

Por la lista de las obras publicadas en estos meses se conocerá lo interesante que es la revista *Biblioteca Sacro-Musical*. Por sus sanas orientaciones merece ser tomada por todos los que de verdad anhelan la restauración de la Música religiosa, promovida principalmente por S. S. Pio X. Además de música vocal de indiscutible mérito, publica dicha revista escogidas piezas para órgano de autores españoles antiguos y modernos.

La recomendamos encarecidamente a los amantes de la música religiosa.





Crónica Carmelitana



Las fiestas del Carmen en Trujillo.—En esta ciudad peruana han celebrado las madres carmelitas descalzas con la cooperación de nuestros padres, solemne novenario en honor de la Virgen del Carmen, abundante en gracias y bendiciones, rico en frutos espirituales para los oyentes que en gran número han acudido a oír la ferviente palabra de los hijos del Carmen. Son muchas las almas que la gracia movió durante esos días, y después de largos años de alejamiento completo de la Iglesia y de toda práctica de piedad han vuelto a Dios por medio de una confesión dolorosa con propósito de mudar de vida. Es digna de mención una señora de 76 años de edad que el día 16 de Julio del presente año confesó y comulgó por primera vez para ganar el jubileo del Carmen movida interiormente por la predicación de los padres carmelitas.

El día de la fiesta, la comunión general, que distribuyó el Ilmo. Señor Obispo de la diócesis, fué muy numerosa. La misa mayor solemnísimamente. Su Ilustrísima asistió de medio pontifical, y el R. P. Buenaventura Eguiburo, religioso franciscano, predicó un sermón de tonos patéticos y elocuentes. La iglesia fué muy visitada durante el día. Por la tarde se organizó la procesión con inmensa concurrencia; un coro de preciosas niñas de distinguidas familias vestidas de blanco, rodeaban la imagen del Carmen dando un realce interesantísimo al acto. El P. Amando, al regreso de la procesión, dió las gracias en sentidas frases a todos los concurrentes, que terminaron la fiesta coreando con gran fervor la Salve Popular.

En Illapel.—En esta ciudad chilena, fundación reciente de los padres carmelitas, hay también entusiasmo y amor por la Virgen del Carmen. Prueba de ello el solemne novenario celebrado en su honor. Dió comienzo el día 11 de Julio. Por la mañana a las ocho y media después de la misa, se hacía el ejercicio de la novena. A las siete de la noche, se rezaba el santo rosario al que seguía el sermón, novena, exposición y reserva. La parte musical estuvo a cargo de un nutrido coro de piadosas jóvenes. Los sermones fueron predicados por los PP. Carmelitas.

«Este año, dice *La Opinión del Norte*, periódico católico de aquella localidad, ha revestido la novena mayor esplendor que en años anteriores, merced al celo apostólico con que los Padres Carmelitas trabajan por fomentar la devoción a la Virgen del Carmen; y a la nueva Asocia-

ción de la «Corte de María;» que ha contribuído poderosamente a esa solemnidad.

»La fiesta principal se celebró el domingo. Para este día llegó, como saben nuestros lectores, procedente de Santiago el M. R. P. Ernesto, Visitador de los Carmelitas en Chile.

»A las ocho de la mañana se celebró Misa de Comunión General, que fué, por cierto, numerosa, llevando todos sobre su pecho el Escáputario del Carmen.

»A las diez se celebró Misa solemne por el Reverendo Párroco, Padre Telesforo. El coro de jóvenes cantó magistralmente una preciosa misa. Predicó con gran elocuencia el R. P. Ernesto. En su sermón hizo recordar las grandezas de la Virgen del Carmen obradas en la cima del Monte Santo del Carmelo, como Dios las había también realizado en las altas montañas bíblicas de que nos habla la Sagrada Escritura. Habló del patriotismo de Chile, fundado en el amor que sus soldados han profesado a la Virgen del Carmen, poniendo por modelo al héroe e invicto caudillo Arturo Prat. La oración sagrada del R. P. Ernesto llevó sin duda alguna la convicción a los corazones de todo el auditorio.

»Por la tarde, a las tres y media, se inició la solemne procesión de la Virgen del Carmen. Formábanla los niños de las escuelas con los estandartes de S. Luis y el Sagrado Corazón y la imagen de S. Rafael. A continuación iban los hombres con el estandarte e imagen de S. José dirigidos por el P. Evaristo. Tras éstos venían los obreros de la Unión Nacional del centro «Manuel José Irarrázabal», con sus respectivas insignias, estandarte y bandera y su Director R. P. Telesforo. Seguía la Asociación de la «Corte de la Virgen del Carmen» con el Escapulario propio, dirigida por el P. Manuel María. La Imagen venerada de la Madre del Carmelo se paseaba erguida sobre rico pedestal, rodeada de flores, entre nimbos de gloria, con los trofeos de la Armada del Ejército de Chile y envuelta en los pliegues de la bandera nacional. Haciendo escolta, iba un piquete de policía rindiendo sus armas a la Augusta Generala. La escolta de honor la formaban varios caballeros entre los que vimos al Sr. Bonifacio Correa, Juez Letrado de Illapel, al abogado don Ambrosio Muños Olave, al Visitador de Escuelas de los departamentos de Illapel y Combarbalá don Pedro José Muñoz, y a los señores: R. Emilio Aravena, Ramiro Ramírez, Benito León, José Manuel Herrera, Primitivo Muñoz Aracena, Pedro V. Pizarro, Jorge Aracena Ramos. etc., etc.

Al entrar la procesión en el templo tocó la banda el Himno nacional. Acto seguido, el R. P. Ernesto, lleno de entusiasmo, habló al pueblo de Illapel, alentándole en la fe y amor a la Virgen del Carmen. Dió las gracias a todos y a continuación la Bendición Papal.

Una nota simpática se dejó sentir en esta fiesta, y es que, cuando el orador sagrado se dirigía al pueblo y alentaba a que confiaran en la Virgen del Carmen, diciéndoles que así como ella había derramado gracias espirituales sobre sus devotos durante la novena, también les enviaría la gracia de la lluvia, tan necesitada por todos los labradores, ¡oh prodigio del amor de María del Carmen! a las doce horas éramos

agraciados con una copiosa lluvia debida al maternal corazón de la Reina del Carmelo.

»En medio del mayor entusiasmo terminaron las solemnes fiestas en honor de la amorosa Madre del Carmelo que harán época en los anales de nuestra Historia».

Y puestos a hablar de los Padres Carmelitas de Illapel, no queremos pasar en silencio la distinción honrosa de que ha sido objeto por parte del Ilmo. Sr. Obispo de la Serena, el R. P. Telesforo, Superior de la Comunidad. He aquí una copia exacta del documento honorífico:

«En vista del celo y abnegación desplegados por el actual Cura de esta parroquia, Fr. Telesforo Aragón, de los Carmelitas Descalzos, en el poco tiempo que rige esta feligresía, y, especialmente, por haber establecido cofradías piadosas, la Sociedad «Unión Nacional» en favor de los obreros y por haber contribuído eficazmente a la fundación en Illapel del periódico católico «La opinión del Norte», se declara que dicho Cura *«ha merecido bien de la Iglesia»*.

Dado en Illapel a 29 de Abril de 1913.—Ramón Angel, Obispo de la Serena.—Roselló, Notario de visita.

Ordenación y Primeras Misas.—El Excmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza, confirió el domingo 21 del pasado Septiembre, en su oratorio particular el sagrado orden del Presbiterado a once Colegiales de nuestro convento de dicha ciudad.

Durante la semana consecutiva cantaron sus primeras Misas los nuevos Sacerdotes Carmelitas en la Iglesia de nuestros padres y en las de nuestras Madres de S. José (Arrabal) y Sta. Teresa y Carmelitas Terciarias (calle Cadiz).

Tan hermosos actos resultaron muy tiernos, simpáticos y conmovedores tanto por el celo de la Comunidad y en especial el R. P. Prior Fr. Alfredo, en dar a dichas fiestas toda la solemnidad que la grandeza del acto requería, como por la selecta y numerosa concurrencia que asistió a estos actos; por las distinguidas personalidades del clero, aristocracia, milicia, comercio e industria, que apadrinaron a los Misacantanos; por los bellísimos elogios del Sacerdocio católico magistralmente expuestos por los Rdos. Padres Fernando, Brocardo, Carlos y Manuel, que ocuparon respectivamente la sagrada cátedra y finalmente por las selectas composiciones musicales interpretadas por las Capillas musicales del Sto. Templo metropolitano de la Seo y del Pilar, por las Comunidades de Padres y Madres carmelitas y por la V. O. T. del Carmen y Archicofradía del Niño de Praga.

Los once Misacantanos han sido sumamente agasajados, obsequiados y felicitados por la promoción a tan alta dignidad.

Profesión y toma de hábito.—En las carmelitas descalzas de Don Benito (Badajoz) hizo su profesión de votos simples, el día 8 de Setiembre, la H.^a María Eugenia del Niño Jesús de Praga. Le impuso el velo el R. P. Saturnino de la Virgen del Carmen, Prior de Ubeda, y predicó el Rdo. P. Luciano Marrodán, Misionero del I. C. de María. Fué madrina en el acto la madre de la profesora D.^a Escolástica Ibáñez.

—En las carmelitas descalzas de Vélez Málaga tomó el hábito el

día 31 de Agosto, la virtuosa joven Srta. Donata Suárez Velasco, que en el claustro se llama H.^a María Eugenia de Jesús y de la Santa Faz. Asistieron al acto los RR. PP. José Suárez de la Virgen del Carmen, Escolapio y Diego de Jesús, Carmelita y los Presbíteros D. Miguel Pérez de Guzmán, D. Francisco García, D. Luis Montero, D. Antonio Durán y D. Pascual Soria. Fueron padrinos D. Basilio Guerrero Pérez y su esposa. Nuestra enhorabuena.

NECROLOGÍA—Han fallecido:

—En las carmelitas descalzas de Santa Ana y San José de Madrid, el día 1.º de Octubre la hermana de velo blanco Joaquina de Santa Teresa, a los setenta y cuatro años de edad y cuarenta y seis de vida religiosa. Fué muy diligente en el cumplimiento de sus obligaciones, muy trabajadora, humilde y agradecida a cualquiera atención con que se la distinguía.

—En San José del Salvador de Beas de Segura, la H.^a Rosalía de la Inmaculada Concepción, el día 15 de Setiembre, a los 23 años de edad y 9 de vida religiosa. Recién profesada contrajo la enfermedad que la ha llevado al sepulcro, y durante este tiempo ha edificado grandemente a su Comunidad con la heroica paciencia y alegría con que soportó sus dolencias.

—En Vélez-Málaga, el día 21 de Setiembre, la Rda. M. Carmen de la Natividad, a la edad de 65 años y 49 de religión. No cabe elogio más cumplido en esta religiosa que el haber desempeñado con perfección todos los oficios de la Comunidad, siendo una Prelada excelente, modelo de observancia regular.

—En San José de Avila, el día 7 de Octubre, la H.^a María Mercedes de San José, a los 30 años de edad y 8 de profesión religiosa. Esta joven carmelita bien merecía necrología aparte, por sus virtudes altísimas ocultas con el velo de la más discreta humildad, por su candor angelical y vehementes ansias del cielo. La Comunidad que ha perdido a este ángel, afirma que la H.^a Mercedes era un fiel trasunto de Sor Teresita, de quien recibió algunos favores y con la cual mantuvo confidencias íntimas.

Era la finada sobrina y hermana, respectivamente, de la Rda. Madre Teresa del Santísimo Sacramento, carmelita descalza de Avila, y de la H.^a Teresa de Jesús, de Burgos, y de nuestra suscritora D.^a Dolores Pértica, a quien juntamente con su familia acompañamos en el sentimiento.

—En San José de Segovia, el día 8 de Octubre, la H.^a María Natividad de San José, a los 21 años de edad y 4 de hábito. Fué siempre devotísima de nuestros santos padres y fundadores, y se distinguió entre otras virtudes por su obediencia y dominio de sí misma que tantas conquistas le valió.

—En Santa Cruz de Bezana, (Santander) el día 4 de Octubre, a la avanzada edad de 91 años, la respetable señora D.^a Ramona Blanco, madre de nuestros amigos y suscritores Don Juan, Don Federico y Don Luis Aldasoro, a quienes significamos la parte que nos cabe en su dolor.—R. I. P.



Crónica General

Roma.—*La libertad de la Iglesia.*—Ha llamado poderosamente la atención y está siendo objeto de comentarios el magnífico discurso dirigido recientemente por el Padre Santo a la peregrinación navarra. En él se lamenta Su Santidad de la persecución que sufre la Iglesia en países que se denominan católicos, y exhorta a los peregrinos navarros a que luchen con denuedo por la defensa de sus prerrogativas y sacrosantos derechos. Los párrafos que reproducimos a continuación hacen sospechar que nuestros democráticos gobiernos están maquinando nuevos proyectos atentatorios a los derechos e independencia de la Iglesia y de las Congregaciones religiosas. «La Iglesia—dice—tiene la misión de enseñar la observancia de los preceptos y exhortar a la práctica de los consejos evangélicos; y ¡ay de aquél que enseñe lo contrario, introduciendo en la sociedad el desorden y la confusión!

»La Iglesia tiene el derecho de poseer, porque es una sociedad de hombres y no de ángeles, y tiene necesidad de los bienes materiales que la piedad de los fieles ha hecho llegar a sus manos, para el ejercicio exterior del culto, para la construcción de los templos, para las obras de caridad que le están confiadas y para vivir y perpetuarse hasta la consumación de los siglos. Y estos derechos son tan sagrados, que la Iglesia ha sentido siempre el deber de defenderlos, sabiendo bien que por poco que cediera a las pretensiones de sus enemigos, faltaría al mandato que del cielo recibió, y caería en la apostasía. Por eso la Historia nos señala una serie de protestas y reivindicaciones, hechas por la Iglesia contra cuantos querían esclavizarla. Sus primeras palabras al judaísmo, dichas por San Pedro y los demás Apóstoles: *Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres*, las han repetido siempre sus sucesores, y las repetirán hasta el fin del mundo, aunque tengan que confirmarlas con un bautismo de sangre.

»Bien persuadidos de ello nuestros mismos adversarios, no se cansan de repetir que a la sombra de la bandera que enarbolan se halla toda suerte de libertad; de hecho, empero, la libertad, o por mejor decir, la licencia, hállase para todos, mas no para la Iglesia. Libertad para todos de profesar el propio culto y de manifestar los propios sistemas, excepto para el católico, como tal, el cual es hecho blanco de persecuciones y escarnios, y no promovido a aquellos oficios a que tiene un derecho sa-

grado, o de ellos arbitrariamente desposeído. Libertad de enseñanza, pero sujeta al monopolio de los Gobiernos, que permiten en las escuelas la propagación y la defensa de todo error, y prohíben, hasta a los niños, el estudio del Catecismo. Libertad de imprenta, y, por tanto, libertad a los periódicos más iracundos, para insinuar, a despecho de las leyes, otras formas de gobierno, para excitar la plebe a la rebelión, fomentar odios y enemistades, impedir con las huelgas el bienestar de los obreros y la vida tranquila de los ciudadanos y vituperar las cosas más sagradas y las personas más venerandas; pero no al periodismo católico, que, defendiendo los derechos de la Iglesia y los principios de la verdad y de la justicia, vese vigilado, reprendido y señalado con el dedo como adversario de la libertad y enemigo de la Patria.

«Libertad para todos de poseer sus bienes; pero no para la Iglesia y las Ordenes religiosas, desamortizados, y dados por los Gobiernos a instituciones laicas. ¡Esta es, como bien lo sabéis, la libertad de que goza la Iglesia aun en países católicos! ¡Valor, pues, amados hijos—continuó diciendo el Papa—cuanto más hostilizada por todas parte se ve la Iglesia, cuanto más infestan el aire con sus pestíferos miasmas las falsas máximas del error y de la perversión moral, tanto mayores serán los méritos que ante Dios podréis alcanzar si no perdonais esfuerzo alguno para evitar el contagio y permanecer fieles a la Iglesia.» Su Santidad terminó su discurso con estas consoladoras palabras: «En este combate no podrán, ciertamente, faltaros dificultades, molestias y fatigas; pero no os dejéis llevar del desaliento, porque el Señor os sostendrá en la lucha con socorros copiosos de celestiales favores». Huelga todo comentario sobre la importancia y alcance de los párrafos trascritos y que no sin causa ha publicado la Prensa católica de España.

Inglaterra.—*Magnífico ejemplo de fe.*—Con frecuencia nos trasmite el correo y el telégrafo algún nuevo testimonio de religiosidad de los que a cada momento y en ocasiones solemnes dan al mundo las naciones más poderosas y cultas, para que sirvan de ejemplo y confusión a los pueblos débiles y decadentes, que preciándose de católicos se avergüenzan de confesar a Dios en casos semejantes, y le niegan el honor y el culto que le son debidos. Los presidentes Roosevelt, Taffit y Wilson en la gran república de los Estados Unidos, el Emperador de Alemania y el Emperador de Rusia, los reyes Eduardo y Jorge de Inglaterra y las más florecientes Universidades europeas, sin temor al *qué dirán*, que es propio de almas ignorantes o cobardes, y sin menoscabo de su grandeza y prosperidad, practican la religión que profesan y se declaran sus más resueltos defensores. En España sucede todo lo contrario.

Hace pocos días que nos visitó el presidente de la República francesa, y no hace mucho que estuvo también en Inglaterra. Veamos cómo se condujeron con él los hijos de la protestante Albión, y cómo el gobierno de la Católica España. Mr. Poincaré fué obsequiado en Londres con un banquete oficial de seiscientos cubiertos. Poco antes de comenzar la comida un toque de trompeta anunció que todos habían de quedar en el más religioso silencio. Entonces levantóse un capellán de la real capilla y con él todos los comensales, y con gran recogimiento y

reverencia dijo: *que la diestra de Dios bendiga los alimentos que vamos a tomar.* Cuando los seiscientos invitados hubieron tomado café y terminado los brindis, sonó de nuevo la trompeta, se levanta el mismo capellán y dice: *Os damos gracias, Señor, por todos los beneficios que de Vos hemos recibido.* El presidente de la República francesa, y con él sus ilustres republicanos, enemigos de la Religión y blasfemadores del santo nombre de Dios, se vieron precisados a permanecer levantados y en actitud respetuosa. En España, por el contrario, no se ha hecho una sola manifestación de religión, ni se ha invocado una sola vez el nombre de Dios, en los numerosos banquetes, brindis y discursos que se han pronunciado por nuestras autoridades, para testimoniar a los galos su admiración por la grande, culta y poderosa Francia y sus deseos de unir la suerte de nuestra patria a la de ese pueblo corrompido y decadente. ¿Quiénes estarán en la verdad, los franceses blasfemando de Dios y olvidados de sus beneficios, o los ingleses bendiciéndole y dándole gracias por los favores que de El reciben? ¿Quiénes manifiestan más grandeza de alma y mayor fortaleza de espíritu, los españoles avergonzándose de su religión o los ingleses dando un ejemplo tan hermoso de religiosidad a los ateos republicanos franceses?

España.—*Contra el laicismo en la enseñanza.*—Grandemente consolador es, en estos tiempos en que tanto se trabaja por quitar a la sociedad el sello de cristiana, ver una asociación, como la *Liga nacional de padres de familia*, afanosa por conservarlo. Sabido es que dicha asociación se extendió rápidamente en España, cuando el huracán de la persecución contra el Catecismo arreciaba. Tiene ya juntas locales en todas las provincias y en las principales localidades. Una de estas juntas, la de Jerez, acaba de dar una circular que reproducimos íntegra, porque señala un medio de que los padres católicos pueden servirse muy fácilmente para hacer que no prosperen en nuestra patria los planes sectarios. Dice así:

»*Junta local de padres de familia contra el laicismo en la enseñanza.*

»Muy señores nuestros:

»En la memoria de todos los católicos está todavía el recuerdo de los actos llevados a cabo durante los meses de abril y mayo por las fuerzas todas del catolicismo español, contra los desatentados proyectos secularizadores del Gobierno en la cuestión de la supresión del Catecismo en las escuelas, y a Jerez cupo el honor de ser una de las poblaciones que con más entusiasmo tomó la defensa de los sagrados intereses de las almas de los niños.

»No es este el momento de discutir si conseguimos o no un triunfo señalado, creemos que sí, y eso basta a esta Junta local de padres de familia para proseguir con entusiasmo su labor iniciada entonces con el fin de no malograr aquellos esfuerzos, y de hacer ver al Gobierno que, en efecto, el deseo vehemente de todos los católicos es, no sólo que no se suprima la enseñanza obligatoria del Catecismo en las escuelas primarias, sino que esa obligación se haga extensiva también a la segunda enseñanza.

»Esta Junta local tiene el honor de suplicar a los padres de familia católicos residentes en Jerez, hagan que su hijos que cursan los estudios

del Bachillerato, se matriculen también en la asignatura de Religión y Moral.

»Obrando así, habremos pulverizado de antemano uno de los más especiosos argumentos de que podrían hacer uso nuestros enemigos, habremos hecho un gran bien a las almas de nuestros niños, y contribuído por nuestra parte al triunfo del catolicismo sobre esta sociedad descreída e indiferente. »No dudando que acogerán nuestra idea como buenos católicos, aprovechan esta ocasión para ofrecerse de ustedes atentos y seguros servidores q. b. s. m.; el presidente, *El marqués de Casa Domecq*; el secretario, *Salvador Díez*».

En honor del Sagrado Corazón.—Hace años que algunas almas piadosas tomaron la pausable idea de erigir al Sagrado Corazón un templo de expiación en el Tibidabo. Hállase hoy terminada la cripta. Todas las obras hechas se deben al sacrificio de almas buenas, que se privan de ciertos gastos, para dar lo que por ellos gastarían en limosnas para la suscripción abierta. Es verdaderamente ediccante el ejemplo de muchos caballeros que se abstuvieron hasta de fumar un día a la semana con este fin. El ejemplo debería cundir. Y el día que con los pequeños sacrificios de toda España pudiera acabarse aquel suntuoso templo, él solo sería un testimonio de la fe de nuestro pueblo y del amor que profesa a aquel Corazón divino que tanto sufrió por nosotros. Entonces podríamos decir que el Sagrado Corazón reinaba en España; y las oraciones que desde allí se elevasen al cielo, descenderían sobre nuestra desgraciada nación como benéfica lluvia que traería la verdadera fertilidad, la espiritual. ¡Quiera Dios que así sea!

Movimiento mariano.—El amor a María, siempre grande en España, continúa aumentándose más y más. Contribuyen a esto las Asambleas de Congregaciones Marianas, que por todas partes pregonan las prerrogativas de la reina de los Angeles y son a la vez un como recuento de las fuerzas que este ejército de jóvenes esforzados tiene y una voz de esfuerzo para continuar peleando contra el mal y el error, bajo la protección de María. A continuación reproducimos una de las convocatorias a estas asambleas, muy digna de leerse por los términos entusiastas en que se halla concebida.

«A los Congregantes Marianos de la Diócesis de Murcia y Orihuela.

»Cuando en el pasado año, alentados por el amor a la Reina de los Cielos María Inmaculada, intentamos reunirnos por vez primera en los Santuarios de La Luz y La Fuensanta los Congregantes de la Vega del Segura, nunca creímos que aquel ensayo de Asamblea tuviese éxito tan colosal, ni despertase en nuestros corazones tantos entusiasmos tan dulces impresiones y tan intensos actos de amor a la gran Reina de los Angeles; los que tuvimos la dicha de reunirnos allí recordamos con placer los lazos de amor que de aquella Asamblea nacieron. De aquella magna Junta que el dulce y férvido amor a María Santísima más que la palabra del hombre convocara, nació la bella idea de fomentar y propagar el culto a la Santísima Virgen, celebrando, al efecto, anualmente en las distintas localidades importantes asambleas; y como allí se insinuara la conveniencia de que en la Ciudad de las palmas tuviera lugar la co-

rrespondiente al año de 1913, la Congregación Mariana de esta bella y noble Ciudad que no permite que nadie le aventaje en amor a su Madre y Patrona recogió la alusión, y desplegando hoy su bandera se levanta gozosa diciendo a todos los Congregantes, entusiastas y amantes de la Virgen Inmaculada: Venid a Elche a fines del próximo Octubre a dar un público testimonio de vuestro amor a María de la Asunción..... y al contemplar sus gallardas palmas que se mecen dirigiéndose a los Cielos, veréis a la más esbelta de todas María Inmaculada, que descoliendo graciosa entre ellas, levanta la vista al Señor pidiendo gracias y bendiciones para los que como hijos se cobijan humildes bajo su manto protector.

«Jóvenes queridos, desplegad vuestras banderas, enardeced vuestros corazones, avivad vuestro amor, y hoy que el sectarismo revolucionario pretende socavar los cimientos de la Religión de Cristo, y que las glorias de la Civilización Cristiana han sido atropelladas por inmunda legión de hijos espúreos de esta Patria querida, valiéndose para ello de mítines, congresos y asambleas, justo es que sepa España, que todavía existe una juventud laboriosa en cuyo corazón se anida flameante el amor de María.....»

El Cardenal Aguirre.—El jueves, 9 de Octubre, pasó a mejor vida el ilustre purpurado. Nació el 12 de Marzo de 1835, en Pola de Gordón, provincia de León. Entró joven en la Orden Franciscana, donde explicó Humanidades, Filosofía y Teología y fué superior de varias casas, manifestando en todas su prudencia y celo. El 27 de Marzo de 1885, fué preconizado obispo de Lugo. Su paso por esta diócesis y por el arzobispado de Burgos, a que fué ascendido en 1894, será de imperecedero recuerdo. Fué un verdadero pastor, que visitó varias veces sus diócesis, no desdeñándose de tratar con los humildes y oír y consolar sus cuitas en el sacramento de la penitencia. Al ser ascendido el 15 de abril de 1907 a la Sede Primada, sin olvidar sus obligaciones como pastor de aquella diócesis, dedicó todo su celo y prudencia a promover, dirigir y consolidar el movimiento católico de nuestra nación. Todas las iniciativas en el orden religioso y social tuvieron en él un protector seguro. A él se deben multitud de orientaciones y el éxito de manifestaciones, como la del Congreso eucarístico de Madrid. Sus cartas serán siempre un testigo elocuente de su sabiduría, prudencia y celo. Murió, como había vivido, santamente, abrazando el crucifijo y poniéndose bajo su amparo. Descanse en paz.

Nota política.—Toda la política ha callado para recibir a Poincaré. Hasta se ha dejado de hablar de la dimisión de Altamira, que no puede menos de ser agradable a los católicos. Con motivo de la visita del presidente de la República francesa, se ha hablado mucho de las alianzas. Sin embargo, nadie sabe si la alianza con Francia se efectuará, ni, caso de efectuarse, en qué términos estará redactado el convenio. Lo cierto es, que en la nación se ha manifestado disgusto por esta alianza y simpatía por la de Alemania. Las manifestaciones parecen por varios conceptos de importancia. ¿Significará esto que el verdadero pueblo español quiere conocer a donde le llevan sus mandatarios y actuar más en la política?



AGUA DEL CARMEN

Espíritu de Melisa de los Carmelitas Descalzos, elaborado según la antigua y primitiva fórmula de la Orden.



Espíritu de Melisa, F.^a Ofc. E.—M. Nadal, Farmacéutico, Tarragona.

Un Carmelita Descalzo, químico eminente, compuso este **ELIXIR** admirable en antigüedad tan remota que ya en 1754 obtuvo nuestra Orden patente de privilegio para su elaboración en Venecia.

La experiencia secular de tan eficaz remedio justifica tan sobradamente su reputación universal, que huelga todo encomio.

Se destila de yerbas selectas y aromáticas, siendo eminentemente corroborantes y carminativas todas las sustancias que entran en su elaboración.

Antiespasmódico de eficacia inmediata en los **DESMA-YOS, SINCOPEs, DESVANECIMIENTOS y ATAQUES NERVIO-SOS.**

Es indispensable á las personas en peligro de **APO-PLERIA.**

No tiene rival contra los desarreglos del aparato digestivo é intestinos.

Es insustituible en las **INDISPOSICIONES PERIODICAS DE LA MUJER** y en el **HISTERISMO.**

Es muy eficaz contra la **DIARRÉA.**

Es preservativo excelente contra las enfermedades **EPIDEMICAS y CONTAGIOSAS.** En caso de **COLERA** la curación del atacado depende del acertado uso de este prodigioso **ELIXIR.**

Es necesaria á las familias que veranean, y á los viajeros, turistas, cazadores, militares y navegantes,

*Porque es el más excelente remedio conocido en casos de **MAREO;***

Porque sana y desinfecta el agua;

Porque es el primero y más seguro recurso contra todo desarreglo digestivo, herida ó accidente inesperado bastando su eficacia para la cura total, ó deteniendo el progreso del mal para dar tiempo á la intervención facultativa.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Cuantos necesiten utilizar y deseen apreciar la superior virtud curativa de tan singular remedio, **USEN** nuestra **AGUA DEL CARMEN.** Para no equivocarla, fíjense bien en la «marca» y botellín que lleva grabado en relieve el **ESCUDO DE LA ORDEN** y las palabras «Agua del Carmen de los Carmelitas Descalzos». — Tarragona.

Véndese en todas las farmacias y droguerías al precio de **1.50 pts.** la botella. Unicos concesionarios para la venta en España

PLANS Y PRAT.—Teléfono 3536.—Pasaje Batlló, 3, **BARCELONA L. C.**

